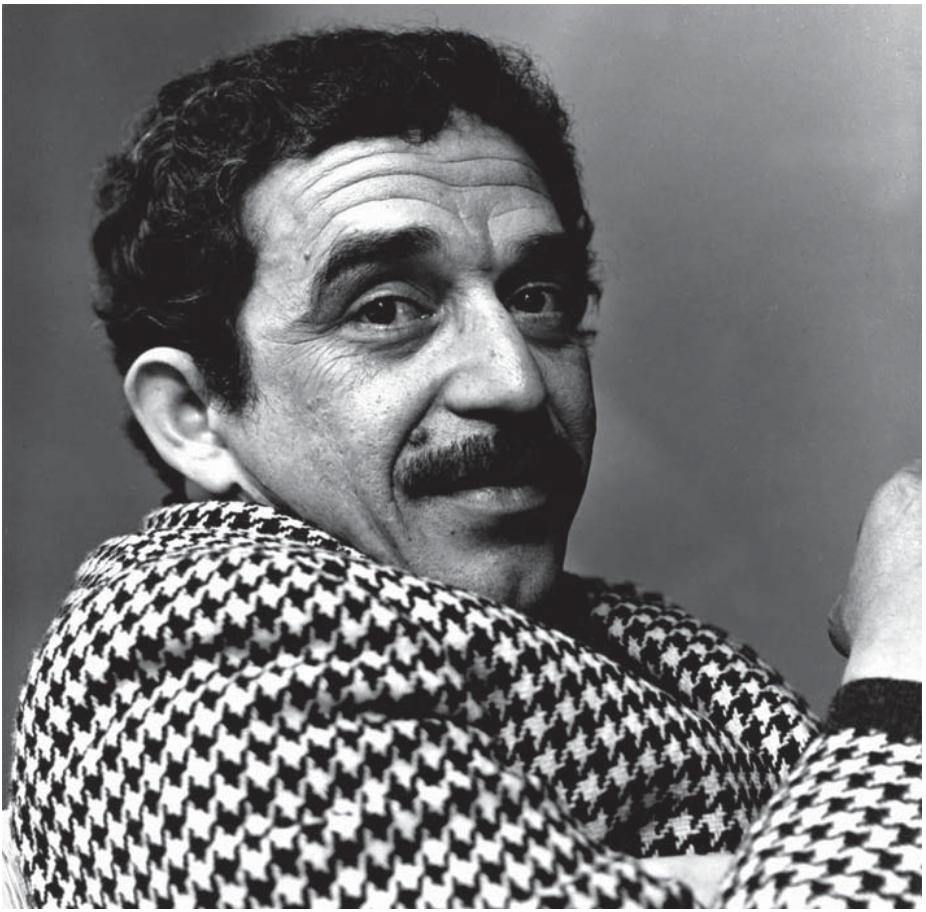
Arquitrave



GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Soneto matinal a una colegiala ingrávida

Al pasar me saluda y tras el viento
que da al aliento de su voz temprana
en la cuadrada luz de una ventana
se empaña, no el cristal, sino el aliento.

Es tempranera como una campana.
Cabe en lo inverosímil, como un cuento
y cuando corta el hilo del momento
vierte su sangre blanca la mañana.

Si se viste de azul y va a la escuela,
no se distingue si camina o vuela
porque es como la brisa, tan liviana

que en la mañana azul no se precisa
cuál de las tres que pasan es la brisa,
cuál es la niña y cuál es la mañana.

G.G.M

Arquitrave
Harold Alvarado Tenorio • Director
http://www.arquitrave.com
ISSN: 1692-0066
nº 62, Enero-Abril de 2016

Arquitrave se publica con el patrocinio de A. da Costa e Silva, A. Caballero Holguín, A. J. Ponte, C. Peri Rossi, D. Balderston, D. Cordero, G. Angulo, G. Álvarez Gardeazabal, J.C. Pastrana Arango, J. Jaramillo Escobar, J. Prats Sariol, J. Saltzmann, L. A. de Villena, L. M. Madrid, M. Al-Ramli, P. F. Arango Tobón, R. Arraiz Lucca, R. Rivero Castañeda y R. Hill.

De Gabito a GGM

Harold Alvarado Tenorio

"La única ciencia que existe en el mundo es la poesía".
GGM.

La tercera resignación (1947), donde un niño permanece en su ataúd dieciocho años hasta que rancio, convertido en un ser abstracto e incorpóreo, sólo falta que los ratones lo descuarticen a dentelladas, fue la primera de las narraciones que publicó Gabriel García Márquez (Aracataca, 1927-2014), luego de descubrir que Kafka, en la sintaxis de Margarita Nelkin, su traductora de 1925, narraba de la misma manera que su abuela.

Hijo de un telegrafista y la hija de un coronel que participó en la Guerra de los Mil Días (1899-1903), fue criado por Francisca Simodosea Mejía, la tía Mama, rodeado de parientes y los recuerdos de tres sirvientes guajiros que sus abuelos maternos habían comprado por cien pesos, mientras ella zurcía su mortaja.

Gabriel Eligio García, el padre, descendiente de un natural de Madrid asentado a comienzos del siglo XIX en Caimito, a orillas del río San Jorge en el actual departamento de Sucre, que había sido partero y farmaceuta, cuando improvisaba décimas, romances y sonetos para las fiestas de la familia o los eventos políticos, enamoró a la madre, Luisa Santiaga Márquez, de veinte años, cuando ella iba a cantar en el coro de Aracataca y él tocaba el violín a sus veinticuatro.

Primos hermanos, los criollos abuelos maternos Nicolás Márquez y Tranquilina Iguarán fueron unos prósperos orfebres de Barrancas, un

diminuto pueblo en la margen izquierda del río Ranchería en la Guajira, fundado por conquistadores españoles a finales del siglo XVII, donde mientras él diseñaba y confeccionaba anillos, pendientes, pulseras, cadenas y toda clase de peces en oro de cuerpo articulado, ella los pulía, limpiaba e incrustaba en su cabeza minúsculos ojos de esmeraldas. Muy pronto se hicieron a varias heredades en las colinas de la Sierra Nevada y los Montes de Oca donde sembraron maíz, frijol, yuca, plátano, café y caña de azúcar con cuyo guarapo el abuelo destilaba, en un alambique de mentiras, chirrinchi, un agua ardiente que los indios *wayuu* beben en los velatorios mientras lloran y consumen carne de chivo.

Según las leyendas el coronel Nicolás Márquez, a quien Gabito llamaba Papalelo, aprendió su arte en Riohacha, luego de haber participado en alguna de las escaramuzas de las guerras civiles del diecinueve y aun cuando se había instalado en una casona de la Calle del Totumo de Barrancas donde distribuía ilegalmente licores y tabaco a los contrabandistas de las inmensidades de Bolívar y Magdalena, al estallar la Guerra de los Mil Días se levantó en armas al lado de Uribe Uribe participando en numerosos combates contra el ejército legítimo del gobierno conservador, sitiando y ocupando a Riohacha, justo al final de la contienda en 1902, año en el cual regresó a Barrancas junto a Tranquilina, pero seis años después y a uno de haber nacido Luisa Santiaga, la madre de Gabito, acosado por las murmuraciones, los celos de su mujer y su donjuanismo, en un enredo que involucraba una supuesta amante, el lunes 19 de octubre de 1908, a las cinco de la tarde mientras caía una lluvia persistente y la Virgen del Pilar recorría las calles, el coronel mató de dos tiros de revolver uno de sus subalternos de armas, hijo de la recia viuda. Preso por el asesinato pero puesto en libertad por leguleyadas de tinterillos, o los acostumbrados sobornos de la justicia colombiana, Nicolás Márquez se mudó con su familia a Ciénaga y luego y para siempre a Aracataca donde llegaron en 1910 con la ayuda del General José Rosario Durán, terrateniente liberal que había participado en varias de las guerras civiles

contra los gobiernos centralistas, justo cuando empezaron las engañifas de la United Fruit Company para hacerse con el monopolio del banano. El coronel adquirió varias propiedades en Ariguaní y Aracataca y mientras desfallecía esperando su pensión de jubilación fue recolector de impuestos y tesorero municipal, pero lo cierto es que fue el mandamás del pueblo, con una inmensa casa perfumadas por jazmines que habitaban loros, guacamayas, turpiales; equipada con nevera y estufa eléctrica, manteles de lino egipcio, cubiertos de plata y una vajilla inglesa con el monograma de su mujer.

Tranquilina Iguarán apodada Mina, como el coronel descendía de tercos gallegos y conservaba en la memoria historias sobrenaturales, inverosímiles y conmovedoras que poniendo una cara de palo iba desgranando como si nada. Crédula sin límites, tuvo un altar enorme con imágenes de numerosos santos, algunos tan grandes como los de las iglesias, o en estampas que enmarcaba preciosamente para que recibieran la luz de una lámpara de aceite eternamente encendida a fin de que le fuera bien a su marido, velaran por sus nietos o que nadie enfermara. Víctima de los engaños amorosos de su marido, cuando horneaba los panes o los postres y curaba los jamones, organizaba la vida de los suyos en función de los mensajes que recibía en los sueños, consultaba hechiceras y adivinas, cantando barría siempre hacia fuera, rociaba con agua de limón y albahaca los quicios de las puertas y aplicaba sahumerios al umbral de la casa para que no entraran ni el mal ni los ánimes, o si su marido lo traía en el cuerpo, fuese ahuyentado.

Abandonado a los dos años de nacido, por causa de la pobreza de sus padres y las costumbres, al amor de sus abuelos, Gabito vino a conocer su madre a los ocho, cuando aprendió a leer y escribir, luego de haber atravesado la infancia entre los recuerdos de su abuelo y los delirios de Tranquilina, con un discurrir de eventos que incluye una plaga de langostas que devastó todo y solo las artes de la brujería pudo ahuyentar; los frecuentes huracanes que destruían los plantíos de banano cubriendo

las casas de polvo; las sequías veraniegas que liquidaban los rebaños de vacunos y caprinos que como humanos morían gritando; los diluvios que sacaban de sus casas de gallinas a los gringos de la compañía flotando en balsas de hule y la maleza de aventureros que los trenes arrojaban en las calles del pueblo, subsistiendo en toldas de lona de mineros de películas del oeste, bajo cuyos sombríos los hombres se mudaban de ropas y las mujeres esperaban sentadas en gigantescos arcones de madera con los parasoles abiertos, frente a cientos de acémilas muertas de hambre y sed convirtiendo a los habitantes originales del pueblo en los últimos advenedizos sin dios ni patria.

El caserío se había convertido en un país sin fronteras ocupado por cachacos, canarios, italianos, sirios, libaneses, venezolanos que huían de la dictadura de Juan Vicente Gómez, como Juana de Freytes, rozagante matrona que narraba a los niños la vida de Genoveva de Brabante, Ulises de Ítaca, Orlando el furioso, Quijote de la Mancha o la de Edmundo Dantes, un marinero que un día ve contrariados sus amores por la perfidia de sus amigos, o la que había escuchado de la propia boca del protagonista, René Belvenoit, condenado por motivos políticos a la Isla del Diablo y que luego narraría en un libro famoso donde recordaba como en Cataca había conocido hombres tan ricos, que en los burdeles de la eterna parranda, desnudas, las parejas bailaban la cumbia, iluminándose con el fuego de la quema de cientos de billetes de banco.

Durante los seis años que el niño pasó separado de sus padres quien más influyó en la creación de su prosodia fue la tía Mama, Francisca Simodosea Mejía, prima hermana de la pareja de abuelos, *"la misma de los desparpajos insólitos y los refranes ríspidos."* Muerta virgen a los setenta y nueve años, de mediana estatura, con una cabellera que le llegaba hasta la corva de las piernas, fumaba incesante calillas de tabaco maduro con el fuego hacia dentro de la boca, vestía pollerines y corpiños blancos y calzaba abarcas de pana. Más de medio siglo guardó las llaves del cementerio y asentaba y expedía las partidas de defunción y cocía las

hostias. Dos semanas antes de palmar de sufrimiento alguno, tramitó los formularios y el protocolo para su entierro y sentada en la puerta de su cuarto confeccionó con sus sábanas limpias un sudario a la medida de su cuerpo.

Gabito tenía diez años cuando la neumonía, ganada luego de caer de una escalera tratando de capturar un loro, acabó con la vida del coronel a los setenta y tres. Había aprendido a leer y escribir a los ocho, cuando recorrió *Las mil noches y una*, pero los abuelos cataqueños ya le habían instalado para siempre en esos tres mil días de su infancia con una *Weltanschauung* de aprensiones, deslumbramientos, supersticiones y desesperanzas cuya morriña le procuraría la materia, las cartografías y los protagonistas de sus grandes libros, incluido el Libertador Simón Bolívar, que en efigie en cámara ardiente presidió durante años el salón del comedor donde el coronel le había celebrado cada mes su cumpleaños y cuya tragedia, oída de boca de su abuelo, recordaría las diez veces que navegó el río durante los años de bachillerato.

Sus padres se mudaron a Barranquilla donde concluiría la primaria, pero la familia, abandonada de nuevo por las aventuras amorosas del padre, vivió momentos de extrema pobreza. Y si en el colegio se vinculó a un grupo de admiradores de Eduardo Carranza, comandados por un gurrumino alto y melenudo llamado líricamente César del Valle, hubo de ganarse el pan de cada día pintando carteles publicitarios o repartiendo folletos en las calles del único puerto cosmopolita y moderno de Colombia, invadido por alemanes, italianos, holandeses, árabes y norteamericanos que regentaban la aviación, los alimentos, las inmobiliarias, los burdeles y la eterna parranda de lascivia y soberbia.

A los quince, terminando el primer curso del bachillerato, el pichón de piedracielista le presentó a Martina Fonseca, la mujer que le enseñó el arte de amar y le sacó del pantano de la pubertad. Martina le doblaba en edad, era una blanca maestra con cuerpo de mulata que preparaba sus colegas para remontar en el escalafón docente. Estaba casada con el práctico de

un buque fluvial, *"negrazo de dos metros y un jeme, con una tranca de artillero"*, que regresaba cada doce días cuando salía de oficio. Ese día, mientras esperaba a César del Valle tuvo la oportunidad de conversar con ella dos horas y no volvió a verla hasta el Miércoles de Ceniza cuando al salir de misa la encontró esperando en una grada del parque, de lino pero con un descote de fuego. Con la cruz de la ceniza en sus frentes pasaron la tarde entre las sábanas de la arrechera con la seguridad de que si no se oía la sirena del buque podían continuar el ritual todos los sábados de aquel año, siempre de cuatro a siete, cuando Gabito decía a su tío que estaba en cine. Una docena de años después, escribiendo para El Espectador, volvió a verla:

Recuerdo cuando sonó el teléfono y reconocí al instante la voz radiante de Martina Fonseca:

— ¿Aló?

Abandoné el artículo en mitad de la página por los tumbos de mi corazón y atravesé la avenida para encontrarme con ella en el hotel Continental. No fue fácil distinguirla entre las otras mujeres que almorzaban en el comedor, hasta que ella me hizo una señal con el guante. Estaba vestida con un abrigo de ante, un zorro marchito en el hombro y un sombrero de cazador y los años empezaban a notársele demasiado en la piel maltratada por el sol, los ojos apagados y toda ella disminuida por los primeros signos de una vejez injusta. Ambos debimos darnos cuenta de que doce años eran muchos a su edad, pero los soportamos bien. Había tratado de rastrearla en mis primeros años de Barranquilla, hasta que supe que vivía en Panamá, donde su Vaporino era práctico del canal.

Creo que acababa de almorzar con alguien que la había dejado sola para atenderme. Nos tomamos tres tazas mortales de café y nos fumamos medio paquete de cigarrillos buscando a tientas el camino para conversar sin hablar, hasta que se atrevió a preguntar si

alguna vez había pensado en ella. Sólo entonces dije la verdad: no la había olvidado nunca, pero su despedida había sido tan brutal que me había cambiado el modo de ser. Entonces fue más compasiva que yo:

—No olvido nunca que para mí eres como un hijo.

Se alegró de haber venido, me entretuvo con algunos recuerdos que nada tenían que ver conmigo, y tuve la vanidad de pensar que esperaba de mí una respuesta más íntima. Pero como todos los hombres, equivoqué el tiempo y el lugar. Miró el reloj cuando ordené el cuarto café y otro paquete de cigarrillos y se levantó sin preámbulos.

—Bueno, niño, estoy feliz de haberte visto —dijo. Y concluyó—: Ya no aguantaba más haberte leído tanto sin saber cómo eres.

— ¿Y cómo soy? —me atreví a preguntar.

— ¡Ah, no! —rió ella con toda el alma—, eso no lo sabrás nunca.

Sólo cuando recobré el aliento caí en la cuenta de las ansias de verla que había tenido siempre y del terror que me impidió quedarme con ella por todo el resto de nuestras vidas.

Al estallar la segunda guerra mundial y con ocho hijos a cuestas, el padre se llevó de nuevo la estirpe a *"un pueblo de mierda"* en el departamento de Sucre donde vivirían doce años. A medida que se hacía adulto y visitaba como bachiller, universitario o periodista ese pueblo, llegó a la convicción que la vida es una tragedia como sucede en *Crónica de una muerte anunciada* [1981] y *El general en su laberinto* [1989], escritas cuando la fama se había convertido en su desgracia. Sin futuro a la vista, el nieto del coronel solicitó a sus padres un pasaje y algún dinero para ir a la capital de Colombia, donde presentaría los exámenes para una beca en un colegio del estado, más para alcanzar cierta independencia que terminar el bachillerato, con la seguridad de las tres comidas diarias, una cama y la compañía de unos contemporáneos.

Como Rubén Darío a los dieciséis años, en enero de 1943 Gabito, con un arcón metálico y a la espalda un petate, un chinchorro y un orinal de

mano, subió a un buque fluvial de rueda de madera hacia el otro mundo. Bogotá era entonces una urbe arcaica y tétrica donde caía un desvelado rocío desde mil cuatrocientos noventa y dos. En sus calles solo había hombres de negro y sombrero gardeliano y a los cafés de las esquinas no ingresaban ni los curas de negra sotana, ni mujeres de sombrero ni los militares de uniforme. Enormes caballos normandos tiraban los carros de cerveza, los tranvías iban ahogados de gente de negro, cientos de mujeres con sombrero de hombre, mantas y follado empujaban sus acémilas recogiendo los desperdicios de los comedores públicos y a las cuatro de la tarde aparecía, sin falta, la lujosa carroza tirada por ocho hermosos caballos azabache adornados con terciopelos morados y morriones de plumones negros con los cadáveres de las buenas familias.

Los dioses de la literatura permitieron que un caballero, que le había oído cantar un bolero de su gusto y cuya letra le solicitó escrita, fuese el funcionario que le otorgara en el primer Liceo Nacional de Varones que había creado el gobierno de Alfonso López Pumarejo y su ministro López de Mesa, una de las 350 becas nacionales de ese año de más de diez mil aspirantes, en Zipaquirá, un pueblo seudo aristocrático a cincuenta kilómetros de Bogotá, que había sido capital del Estado Soberano de Cundinamarca y tenía dos catedrales y veinte iglesias. Si como sostuvo Borges, uno es de donde hace el bachillerato, y sus primeros cuentos y poemas fueron publicados en diarios capitalinos, habría que afirmar que fue un escritor bogotano. Los Casas, Dávila, De Brigard, Esguerra, Hinostroza, Holguín, Lleras, Peñalosa, Pizano, Pombo, Sáenz de Santamaría, Umaña, Urdaneta y Uricoechea habían dejado su impronta de clase, habitado sus casonas y explotado las minas de sal y los campos de patatas de los tributarios muiscas del Zipa de Bacatá. *"Avíspate"* le dijo Adolfo Gómez Támara, el director de becas del Ministerio de Educación al despedirlo: *"ahora tu vida está en tus manos"*.

Lo cierto es que la educación que recibió fue impartida por maestros iniciados bajo los corolarios de la revolución mexicana, la segunda república

LIBROS

CONCURSO

El Caballero Repite

Queda abierta la sesión, que se lea el acta. Así, ante más de 100 personas se dio comienzo a la de entrega de los premios del concurso organizado por la Asociación de Escritores y Artistas de Colombia. Oscar Delgado, secretario de la ADEA, dio lectura al acta y uno a uno se fueron levantando entre los aplausos de los asistentes, los ganadores: Gabriel García Márquez, 27, Barranquilla, critico cinematográfico de "El Espectador", primer premio; Guillermo Ruiz Rivas, 54, bogotano, industrial, segundo premio; Carlos Arturo Truque, 27, obrero del terminal de Buenaventura (premio Espiral 1952), tercer premio, y Pedro Acosta Borrero, 29, redactor económico de "El Tiempo", mención honorífica.

El concurso de cuento fue organizado con el aporte económico de Luis Guillermo Echeverri, quien el día que inició labores la ADEA, donó mil pesos para ese efecto.

Cuarenta y seis cuentos fueron presentados. El jurado calificador estaba compuesto por Daniel Arango, Próspero Morales Pradilla, Rafael Maya y Hernando Téllez. El veredicto fue unánime para el primer premio, y por mayoría de votos para el segundo y tercero.

Se le perdieron. — Al finalizar la lectura del acta Hernando Téllez leyó una página crítica sobre los trabajos presentados. Al cuento de GGM, "Un día después de sábado", se le tachó el olvido de un motivo temático que parecía ser el "deus et Machina" del cuento: pájaros muertos. Los de Ruiz Rivas y Truque no fueron criticados.

El gran desconocido. — El conserje del Hotel Regio no se figuró nunca que ese joven moreno, de magra figura que se registró en el hotel como Carlos Arturo Truque, profesión obrero, sitio de procedencia Buenaventura, hubiera llegado a Bogotá a recibir un premio que hubieran querido para sí muchos escritores cotizados. Para él, era un pasajero más, un nuevo provinciano que venía quizá en busca de trabajo a la capital. Pero el empleado del hotel no fue el único sorprendido. El primero de ellos fue el mismo Truque, quien mandó su cuento, como él mismo manifiesta, "como por no dejar". Pero como por no dejar también había mandado "Granizadas y Otros Cuentos" al concurso Espiral de 1952 y había obtenido el premio.

Larga Jornada. — Después de una agobiadora jornada de 16 horas en el terminal de Buenaventura, donde trabaja desde hace dos años como registrador de carga de la Flota Mercante Grancolombiana, Truque llega a su casa a emborronar cuartillas. Ha escrito centenares de cuentos, una obra teatral, varios ensayos, y además, tiene terminada una novela: "Marea Baja", donde pinta el ambiente y la vida del obrero portuario que tan bien conoce. Su jornada principia a las ocho de la mañana y termina a las doce de la noche, aunque a veces también hay que trabajar treinta y dos horas casi continuas.

TRUQUE Y GARCIA MARQUEZ
Cuentos y cuentas.

Siempre la ciudad. — Hace dos años Truque quizo radicarse en Bogotá. Quería entrar al periodismo, pero todas sus diligencias fueron vanas. "Un día —contaba al Re-Semana— después de tres de no comer, me provocaba sentarme en el asfalto y ponerme a llorar." El director del Suplemento Literario de "El Tiempo" lo sacó del apuro dándole algunos artículos en inglés y francés para que tradujera. Con lo que Posada le pagó, salió de Bogotá, rumbo a Buenaventura donde trabaja desde ese tiempo. Otros ensayos para entrar al periodismo los hizo en Cali. Los resultados fueron los mismos que los de Bogotá, aunque menos dolorosos.

Del cine al cuento. — Gabriel García Márquez, "Gabito", como lo llaman sus amigos, es bastante conocido ya como cuentista. Sin embargo, su "hobby" es el del cine. Su columna en "El Espectador" es una de las más acreditadas entre los lectores y desacreditada entre los empresarios, porque el autor no piensa dos veces antes de decir la verdad. Su novela, inédita aún, "Hojarasca", está siendo nuevamente escrita por "Gabito", esta vez como guión cinematográfico. GGM recibió a más del premio de la asociación ($ 500), otro de "Dominical" por $ 200. Gabito está decidido a gastar sus pesos viendo cine en su tierra natal: Barranquilla, adonde se irá por 15 días, como "premio personal".

ENSAYO

La Lucha Recompensada

"DE LA LIBERTAD INDIVIDUAL EN EL DERECHO COLOMBIANO, por Flavio Cruz Domínguez. 190 páginas. Editorial Minerva.—Bogotá, 1954; sin precio marcado.

"El presente ensayo aspira a llenar los requisitos reglamentarios aunque, en parte, carezca de cierta originalidad... Y busca, en últimas, una satisfacción egoísta, por cuanto de todos es sabido que una tesis de grado sólo la leen contadas pensonas; pero, en cambio, siempre la relee su autor...".

Así, con este estilo agradable y sin pretensiones, Flavio Cruz Domínguez, un caleño alto y pálido, de 29 años, ha convertido la tesis con que se graduara en derecho en 1953, en un libro que ha encontrado aceptación y aplausos.

Problemas palpitantes. — Alguien glosó a Cruz Domínguez diciendo que el tema escogido carecía de interés, puesto que la lucha por la libertad individual se hallaba ya superada. El autor cree todo lo contrario y afirma:

"Hoy en razón de muy dolorosas experiencias de orden internacional tanto como interno, rectifico para afirmar, sin vacilaciones ni temores: 1). Que la lucha por la libertad humana recomienza y, por lo mismo, "es bueno recordar las palabras viejas que han de volver a sonar"; 2). Que los principios de la Revolución Francesa (en especial los de Libertad, Igualdad, Fraternidad y resistencia a la opresión) merecen repasarse y enaltecerse, siquiera mientras se cumplen mundial y verdaderamente; y 3). Que la auténtica idea liberal está muy lejos de ser anacrónica o inoperante, ya que "no divorcia la democracia política de la democracia económica porque sabe y sostiene que ésta es imposible sin aquélla".

y la guerra civil española y el estalinismo. Egresados en su mayoría de la Escuela Normal Superior habían ido a parar a ese pueblo de chimeneas, rechazados en la capital por sus ideas liberales e incluso marxistas. Gabito recuerda haber leído, prestados por algunos de sus maestros, a Federico Engels, José Eustasio Rivera, José María Vargas Vila, Juan de la Cruz, Julio Verne, Lin Yutang, Mark Twain, Nostradamus, Sigmund Freud, Thomas Mann y los casi cien tomos de la Biblioteca Aldeana, que el ministerio de educación regalaba a los colegios públicos. También sus incursiones como cantante y productor de sonetos y octosílabos calcando a Quevedo, Lope de Vega, García Lorca o Garcilaso de la Vega hasta el extremo de haber parodiado cuarenta de este, *"simples ejercicios técnicos sin inspiración ni aspiración, a los que atribuía ningún valor poético por no me salían del alma"* pero por los cuales cobraba en ocasiones a los enamorados de domingo. Los sonetos de *"Javier Garcés"* eran boleros piedracielistas:

Si alguien llama a tu puerta, amiga mía,
y algo en tu sangre late y no reposa
y en tu talle de agua, temblorosa,
la fuente es una líquida armonía.

Si alguien llama a tu puerta y todavía
te sobra tiempo para ser hermosa
y cabe todo abril en una rosa
y por la rosa se desangra el día.

Si alguien llama a tu puerta una mañana
sonora de palomas y campanas
y aun crees en el dolor y en la poesía.

Si aún la vida es verdad y el verso existe.

Si alguien llama a tu puerta y estás triste,
abre, que es el amor, amiga mía.

(Si alguien llama a tu puerta)

Con 20 años y cincuenta kilos de peso, bigote de cepillo y una hirsuta melena, circunspecto, caviloso y disciplinado se matriculó en derecho en la Universidad Nacional, pero el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán y las persecuciones desatadas el 9 de abril de 1948 le llevaron a Cartagena de Indias, los veinte meses que trabajó a las órdenes de un radical que había sido secretario de otro general de las guerras civiles y quien parece le inició en los rudimentos del periodismo moderno. En esa Bogotá de hielo y desolación, sólo la poesía le había acompañado:

"Cuando terminé el bachillerato y me fui a Bogotá, -confesó en 1981-, *mi diversión más salaz era meterme en los tranvías de vidrios azules que por cinco centavos giraban sin cesar desde la Plaza de Bolívar hasta la Avenida de Chile, y pasar en ellos esas tardes de desolación que parecían arrastrar una cola interminable de muchos otros domingos vacíos. Lo único que hacía durante los viajes de círculos viciosos era leer libros de versos y versos y versos, a razón quizá de una cuadra de versos por cada cuadra de la ciudad, hasta que se encendían las primeras luces en la lluvia eterna, y entonces recorría los cafés taciturnos de la ciudad vieja en busca de alguien que tuviera la caridad de conversar conmigo sobre los versos y versos y versos que acababa de leer. A veces encontraba alguien, que era casi siempre un hombre, y nos quedábamos hasta pasada la medianoche tomando café y fumando las colillas de los cigarrillos que nosotros mismos habíamos consumido, y hablando de versos y versos y versos, mientras en el resto del mundo la humanidad entera hacía el amor."*

"Es difícil imaginar, agrega en sus memorias, *hasta qué punto se vivía entonces a la sombra de la poesía. Era una pasión frenética,*

otro modo de ser, una bola de candela que andaba de su cuenta por todas partes. Abríamos el periódico, aún en la sección económica o en la página judicial, o leíamos el asiento del café en el fondo de la taza, y allí estaba esperándonos la poesía para hacerse cargo de nuestros sueños".

La *"Atenas Sudamericana"* de 1947 tenía setecientos mil habitantes, todos los políticos eran abogados y sólo unos cincuenta mil hablaban el mejor español del mundo. La matrícula en la Universidad Nacional no llegaba a los cuatro mil, la mitad de ellos venidos de provincias. García Márquez se instaló en una pensión de estudiantes a cuatro cuadras de la mejor esquina de Colombia, la carrera séptima con avenida Jiménez donde estaban las oficinas y talleres de El Tiempo, frente al edificio donde despachaba Jorge Eliecer Gaitán. Allí, por diez y ocho pesos al mes, tuvo lecho y comida, siempre con la sensación de faltarle los *"cinco centavos que valían el periódico, el tranvía, el teléfono público, la taza de café y el lustre de los zapatos".*

Hasta que un día, cuando descubría a Borges, Chesterton o Joyce, escuchaba en clases a Simón Latino, Diego Montaña Cuellar o Jorge Soto del Corral, en el Windsor a Juan Lozano y Lozano y su *partenaire* León de Greiff y sentado en El Molino discutía con Gonzalo Mallarino, Camilo Torres, Carlos Villar Borda o Plinio Apuleyo Mendoza, en la sala de música de la Biblioteca Nacional mientras *"odiaba a uno de nariz heráldica y cejas de turco, con un cuerpo enorme y unos zapatos de Búfalo Bill, que entraba sin falta a las cuatro de la tarde y pedía que tocaran el concierto de violín de Mendelssohn"* descubrió, leyendo en La metamorfosis, un cuento largo de Franz Kafka, que iba a ser escritor porque, como su abuela Tranquilina, el checo contaba las cosas más atroces sin conmoverse, como si acabara de verlas.

Así que tras leer una nota de Eduardo Zalamea Borda en El Espectador, donde lamentaba la inexistencia de nombres para recordar

entre la más reciente generación de escritores, redactó uno sobre el terror a la muerte, que llevó hasta la redacción y dos sábados después vio impreso a cinco columnas. *La tercera resignación* [13 de septiembre de 1947] fue el primero de los cuatro [*Eva está dentro de su gato* (24 de octubre de 1947), *Tubal-Caín forja una estrella* (17 de enero de 1948) y *La otra costilla de la muerte* (25 de julio de 1948)] que Zalamea publicó en "Fin de Semana". Uno más, confeccionado en marzo del 48, sobre un fauno que con cuernos, perilla de chivo y el hedor de su pelambre había subido al tranvía en una estación de Chapinero y nadie vio descender en la calle 26 frente al cementerio, fue enviado a Jaime Posada Diaz, director de las Lecturas Dominicales de El Tiempo, Ministro de Educación [1958-1962] sin título académico alguno del segundo gobierno de Alberto Lleras por obra y gracia de Germán Arciniegas y actual presidente de la Real Academia de la Lengua, pero ni publicó el cuento ni respondió la carta.

El 9 de abril de 1948 cientos de miles de hombres, mujeres y niños descendieron hasta el corazón de Bogotá para vengar la muerte de Jorge Eliecer Gaitán rompiendo los inmensos espejos de los grandes hoteles, las rutilantes arañas de las lámparas, las cortinas de raso y las cajas de champaña y llevar esos despojos hasta sus pobres casas y barrios periféricos. Con las banderas rojas y los machetes en alto todo cayó a su paso, todo fue saqueado, todo quedó oliendo a hierro y aguardiente, a piedra quemada mientras cientos de cadáveres se enfriaban de la vida bajo la persistente lluvia de la desdicha.

Gabito, que vivía a escasas tres calles de donde había caído Gaitán, alcanzó a ver un hombre que con un terno gris soliviantaba a voces a una cuadrilla de lustrabotas que con sus cajas intentaban derribar las cortinas de metal de la farmacia donde se había refugiado el supuesto asesino, que con una lividez de muerto, mientras el incitador gritaba *¡a palacio!* iba a ser arrastrado a patadas y golpes carrera séptima arriba hasta asesinarle dejando el cuerpo en calzoncillos y con un zapato.

Cincuenta años después, --sostiene en Vivir para contarla--, *mi memoria sigue fija en la imagen del hombre que parecía instigar al gentío frente a la farmacia, y no lo he encontrado en ninguno de los incontables testimonios que he leído sobre aquel día. Lo había visto muy de cerca, con un vestido de gran clase, una piel de alabastro y un control milimétrico de sus actos. Tanto me llamó la atención que seguí pendiente de él hasta que lo recogieron en un automóvil demasiado nuevo tan pronto como se llevaron el cadáver del asesino, y desde entonces pareció borrado de la memoria histórica. Incluso de la mía, hasta muchos años después, en mis tiempos de periodista, cuando me asaltó la ocurrencia de que aquel hombre había logrado que mataran a un falso asesino para proteger la identidad del verdadero.*

Una semana después del crimen del siglo García Márquez tomaría un avión para Barranquilla y sobre el techo de un bus de escalera, con veintiún años y la canícula caribe, llegó a Cartagena de Indias, entreviendo que podía vivir del periodismo, a ser novelista. Hacía un mes habían fundado un periódico de talante liberal cuyo responsable, viejo conocido de Eduardo Zalamea Borda y Jorge Eliecer Gaitán, librepensador y feroz corrector de estilos, durante los casi ocho meses que estuvo en La Heroica introdujo a García Márquez en los trucos y atractivos del periodismo moderno. El 20 de mayo de 1948, se plantó frente al escritorio de Clemente Manuel Zabala, jefe de redacción de El Universal y le dijo: *"Me llamo Gabriel García Márquez y quiero trabajar aquí"*. Domingo López Escauriaza le pagaría 32 centavos por artículo, firmado o no. Y el resto de obligaciones en fama, como ha sido costumbre en los diarios colombianos. Y aunque dormía unas veces en hostales, otras en los bancos de los parques, las piezas de amigos, sobre los rollos de papel en los talleres de El Universal o en la cama de una putica de Tesca a quien amaba y quien le ilustró para siempre en las artes amatorias, su soledad fue infinita, [*"no tenía con quien hablar"]* apenas mitigada por las eternas noches gastadas en un

cuchitril a cielo abierto, detrás del mercado de Getsemaní, donde conoció la solidaridad sin fronteras de los desheredados de la fortuna. Cartagena, mucho más que Bogotá, ha sido una sociedad excluyente y clasista.

> *El propietario y servidor único de La Cueva* –recuerda en sus memorias– *se llamaba José Dolores, un negro adolescente de una belleza incómoda, envuelto en sábanas inmaculadas de musulmán y un clavel vivo en la oreja. Pero lo que más se le notaba era la inteligencia excesiva, que sabía usar sin reservas para ser feliz y hacer felices a los demás. Era evidente que le faltaba poco para ser mujer y tenía una fama bien fundada que sólo se acostaba con su marido. Nadie le hizo nunca una broma por su condición, porque tenía una gracia y una rapidez de réplica que no dejaba favor sin agradecer ni agravio sin cobrar. Él solo lo hacía todo, desde cocinar lo que sabía que cada cliente gustaba, hasta freír las tajadas de plátano verde con una mano y arreglar las cuentas con la otra, sin más ayuda que la de un niño que lo llamaba mamá. Cuando nos despedimos me sentía conmovido por el hallazgo, pero no me habría imaginado que aquel lugar de trasnochados iba a ser uno de los inolvidables de mi vida.*

En la navidad de mil novecientos cuarenta y nueve aceptó el trabajo que Alfonso Fuenmayor le ofreció en El Heraldo de Barranquilla, porque había más *"gente interesante con quien conversar"*. Curramba ya era la tercera ciudad del país con más de medio millar de empresas industriales que empleaban unos doce mil operarios y aun que el latifundio seguía siendo la estructura agraria determinante, su cuarto de millón de habitantes disfrutaba de cuatro periódicos, siete emisoras, cuatro librerías que distribuían las novedades mexicanas o argentinas, una universidad, escuela de bellas artes y ballet clásico cuando Pietro Biava dirigía la Orquesta Filarmónica y Cecilia Barranco y Marta Emiliana ofrecían

MITO

Revista Bimestral de Cultura

AÑO I — Octubre - Noviembre 1955 — No. 4

NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA . . . . . Notas
ALVARO MUTIS . . . . . Moirologhía

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ
Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo

ROGELIO ECHAVARRÍA . . . . . El transeúnte
CARLOS FUENTES . . . . . Por boca de los dioses
JORGE KRIMER . . . . . El resto es silencio

HOMENAJE A CHAPLIN

●

NOTAS

AVENTURAS DE LA DIALÉCTICA, de Maurice Merleau-Ponty. PROCESO Y DESTINO DE LA LIBERTAD, de Gerardo Molina. PSICOANÁLISIS DEL DIABLO, de Rosette Dubal. LA POESÍA DE ANTONIO MACHADO, de Ramón de Zubiría. LA PENÚLTIMA HORA, de Eduardo Caballero Calderón.

POESIA Y DECLAMACION

por HERNANDO TÉLLEZ

MITO, Revista de una clase moribunda,
una carta de DARÍO MESA

TESTIMONIOS

Historia de un matrimonio colombiano

EM

conciertos para piano y en "El vaivén", una tienda de esquina se reunían Alejandro Obregón, Cecilia Porras, Olga Chams Eljach, Nereo López, Álvaro Cepeda Samudio, Feliza Burzstyn, Germán Vargas Cantillo, Alfonso Fuenmayor, José Felix Fuenmayor, Ramon Vinyes y el millonario Julio Mario Santodomingo, un grupo heterogéneo de artistas y escritores cuya característica definitoria fue admirar la floreciente cultura norteamericana de posguerra mientras en la capital de Colombia los intelectuales seguían atados al centrismo cultural francés.

El mundo en Barranquilla comenzaba en la calle San Blas, subía por Progreso y 20 de Julio y allí se detenía para ingresar en la Librería Mundo, el Café y el Cine Colombia, el Japy y la Lonchería Americana. Luego una calle al norte los billares América y al este el Café Roma, el paseo Bolívar y detrás de todo el parque Colón cerca de la iglesia de San Nicolás a unos pasos de El Heraldo.

El 18 de febrero de 1950, al medio día, Luisa Santiaga Márquez, que acababa de remontar el río Grande de la Magdalena, buscó a su hijo al fondo de la Librería Mundo y le pidió la acompañara a Aracataca a vender la casa de sus padres.

Algo había cambiado en ella que me impidió reconocerla a primera vista. Tenía cuarenta y cinco años. Sumando sus once partos, había pasado casi diez años encinta y por lo menos otros tantos amamantando a sus hijos. Había encanecido por completo antes de tiempo, los ojos se le veían más grandes y atónitos detrás de sus primeros lentes bifocales, y guardaba un luto cerrado y serio por la muerte de su madre, pero conservaba todavía la belleza romana de su retrato de bodas, ahora dignificada por un aura otoñal.

Ni mi madre ni yo, por supuesto, hubiéramos podido imaginar siquiera que aquel cándido paseo de sólo dos días iba a ser tan determinante para mí, que la más larga y diligente de las vidas no me alcanzaría para acabar de contarlo. Ahora, con más de setenta

y cinco años bien medidos, sé que fue la decisión más importante de cuantas tuve que tomar en mi carrera de escritor. Es decir: en toda mi vida.

Los cuatro años que permaneció en Barranquilla, rodeado de espíritus afines y solidarios le permitieron consolidar la prosodia que le haría uno de los notables cronistas del siglo, como lo habían sido Martí, Gómez Carillo, Darío o García Calderón y González Prada, inaugurando su periplo de reportero de calle, columnista, corresponsal internacional y confeccionando más de media docena de cuentos donde lentamente talló la voz con que redactaría sus magistrales *Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo*, *La siesta del martes* y *Los funerales de la Mama Grande*. Con frases y giros breves y precisos, yendo al grano, dando la impresión que son los acontecimientos y no el narrador quien las pone delante, remitiendo a ideas o imágenes que remontaran el río del tiempo, García Márquez crea la atmósfera de los futuros decorados y telones de ópera que servirán para resaltar la presencia de sus personales agonistas.

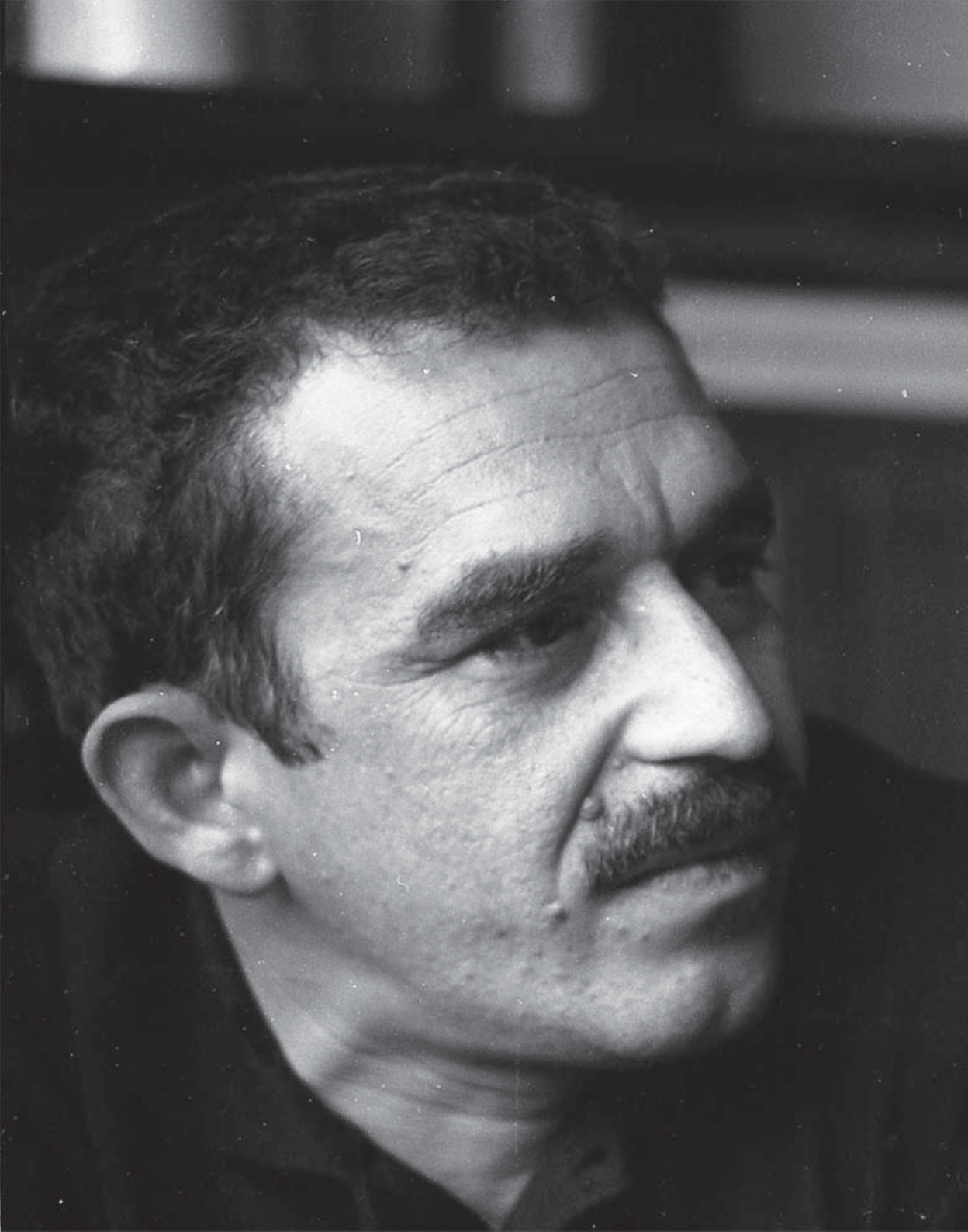
Sus personajes, desde el acaudalado cuya fortuna proviene de turbias componendas y manipulaciones, o el suboficial que ejerce el poder político y militar, o el clérigo que patrulla el comportamiento moral de la feligresía, el minorista, el médico, el letrado, el remendón, el zapatero, la solterona, las putas, los curanderos o el ladrón, son diseñados a partir de un rasgo definitorio que los hace singulares entre pares. Seres que en su ineludible infortunio están rodeados de los ruidos que produce la vida diaria, las gentes que concurren a las plazas de mercado y el cotilleo de comadres y compadres pero se saben solos en su devenir, sus enfermedades, sus desgracias y bien seguro, en la muerte. Un mundo atrapado por la pereza de los elementos, los zancudos y la violencia, símbolos del mal pero escenario de asuntos inexplicables y extraños donde tras las mamposterías de caña brava ocurren siniestras ceremonias de hechicerías, bandadas de pájaros llueven de los cielos, un sacerdote ve a los lejos al Judío Errante y

tiene ocasión de conversar con él que le cuenta que ha venido al entierro de la Mama Grande junto con otros desde los más raros lugares del planeta.

Y rodeándolo todo y a todos la humedad viscosa, sofocante, seca, inasible y siniestra de un ambiente lúbrico que penetra las frases y los diálogos, creando una tragedia con una exclamación que atrapa al lector y le hace parte del lance. En sus primeros cuentos García Márquez ofrece la impresión de prolongar las tradiciones narrativas inauguradas por Gallegos, Rivera o Guiraldes donde la naturaleza derrota al hombre. Pero no hay tal. Todos los signos y efectos del entorno son presagio de la tragedia humana, símbolos de las frustraciones, bajezas y miserias de ese estar muertos intuyéndonos vivos, un estado del cual nunca sabremos nada. La eterna espera y esperanza de algo que no llegará.

Un estilo que elimina lo superfluo, diseñando una oración precisa, diáfana, justa, donde la expresión llana y continua elude la pomposa y engolada. Una pericia que elude entregar al lector la solución de los enigmas que propone, así desde la apertura haya dicho lo que debemos saber al final, pero que no creemos o a pesar de saberlo, queremos saber otra vez cómo se ha llegado a esa conclusión. Algo que quizás aprehendió en Hemingway que hacia precisamente lo contrario, ocultar el desenlace.

A comienzos de mil novecientos cincuenta y cuatro se muda temporalmente a Bogotá donde El Espectador le contrata por novecientos pesos mensuales como reportero, crítico de cine y gacetillero cultural. La primera semana de agosto la Asociacion de Escritores y Artistas de Colombia por boca de su secretario Oscar Delgado anunció los ganadores del premio de cuento fallado por un jurado integrado por Daniel Arango, Próspero Morales Pradilla, Rafael Maya y Hernando Tellez: GGM, "barranquillero" de 27 años, primer premio [$500 pesos donados por Luis Guillermo Echeverri más $200 del Dominical] con *Un día después del sábado;* Guillermo Ruiz Rivas, bogotano de 54 años, industrial, segundo premio y Carlos Arturo Truque, de 27 años, registrador de carga del terminal marítimo de Buenaventura, tercer premio.



Un reportaje, al único sobreviviente del naufragio de un destructor de la marina colombiana, causado por el sobrepeso de neveras, lavadoras y televisores de contrabando que trasportaba, desprestigiando la tiranía de Gustavo Rojas Pinilla, condujo a Gabito a Ginebra, Roma y por último a Paris, tras el cierre del diario por orden del gobierno. La dictablanda inventada por los liberales se había tornado en pesadilla. El propio García Márquez presenció el asesinato de 12 estudiantes en la carrera séptima el 9 de junio de 1954.

Enfrentado con la prensa y la radio, aduciendo protección contra eventuales injurias y calumnias de sus funcionarios, el régimen expidió normas legales y creó prensa estatal y paraestatal, hostigando legal y tributariamente a El Espectador, El Tiempo y El Siglo. Según la historia, el domingo 29 de enero de 1956, la hija del dictador y su esposo fueron objeto de una rechifla durante una corrida toros en la Santamaría de Bogotá, en contraste con la ovación ofrecida minutos antes a Alberto Lleras Camargo, líder de la oposición. El domingo siguiente, 5 de febrero, se produjo la represalia. El gobierno compró miles de boletas para sus detectives encubiertos y a quienes coreaban *"Lleras sí, otro no"*, y a los que se negaban a vitorear a María Eugenia, los molieron a palos, los lanzaron por las graderías, los golpearon con yataganes o a puntapiés. El número exacto de muertos y heridos nunca se supo porque fueron enterrados sin nombre. La noticia no salió reseñada en ningún medio colombiano pero la agencia UPI la transmitió a sus abonados en el mundo de entonces.

Escrita en una buhardilla del barrio latino de la posguerra en pleno auge del Neorrealismo que consagraron *Roma, cittá aperta* [1945] de Roberto Rossellini, *Ladri di biciclette* [1948] y *Umberto D* [1952] de Vittorio de Sica, donde los sentimientos de los personajes delatan mejor la anécdota que el desarrollo de la trama, *El coronel no tiene quien le escriba* [1961] fue la primera de sus obras maestras.

Un viejo coronel espera cada octubre, desde hace cincuenta y seis años, una carta que le confiera la pensión prometida hace quince por el

gobierno, viviendo con su esposa en una exacta pobreza, tras haber perdido al único hijo que veía por ellos a causa de su participación en la resistencia clandestina contra el gobierno que ha instaurado la censura. El hijo ha dejado una máquina de coser y un gallo, campeón de muchos combates, que causa serias riñas entre la pareja mientras deciden si venderlo o esperar a las futuros combates de enero en la gallera del pueblo.

Con un lenguaje que se erige en una desmesura del tempo narrativo con los ires y venires del coronel entre la oficina de correos, la sastrería, el consultorio del médico, la gallera y el despacho del abogado, víctima de la insolidaridad y el abandono, mantiene en vilo al lector. Empujado a la indigencia, con una mujer enferma que se pudre en el calor del trópico, el coronel trata de abolir su desdoro solicitando préstamos y vendiendo lo poco que le queda, menos el gallo porque *"nunca es tarde para nada"*, si todo lo que daba sentido a la existencia está ahora detenido por el toque de queda, la censura, las batidas policiales, los privilegios del alcalde y los sobrentendidos y medias tintas que deciden la vida política del pueblo apenas aliviada por la sospecha de una resistencia armada que hace presencia, precisamente, en los panfletos que causaron el asesinato de su hijo. No vender el gallo y hacer que llegue vivo hasta el próximo enero es resistir a ese estado de cosas. Un símbolo de la dignidad y la intransigencia.

Un ser que rebosa de aflicción haciéndonos responsables de su desahogo luego de años y ahora meses de resignación y paciencia hasta estallar como un volador de navidad *"sintiendo animales en las tripas"*. Frases y procedimientos narrativos que se piensan trebejos de un nigromante al momento de agregar seres al mundo, función precisamente propia del gran escritor.

-Entonces ya será veinte de enero -dijo el coronel, perfectamente consciente-. El veinte por ciento lo pagan esa misma tarde.

-Si el gallo gana -dijo la mujer-. Pero si pierde. No se te ha ocurrido que el gallo pueda perder.

-Es un gallo que no puede perder.

-Pero suponte que pierda.

-Todavía faltan cuarenta y cinco días para empezar a pensar en eso -dijo el coronel. La mujer se desesperó.

«Y mientras tanto qué comemos», preguntó, y agarró al coronel por el cuello de franela. Lo sacudió con energía.

-Dime, qué comemos.

El coronel necesitó setenta y cinco años -los setenta y cinco años de su vida, minuto a minuto- para llegar a ese instante. Se sintió puro, explícito, invencible, en el momento de responder:

-Mierda.

Había llegado a Paris cruzando el Atlántico en uno de los Constellation de Howard Hughes que en treinta y seis horas, como saltamontes decolaba y aterrizaba en las Bermudas, luego en Azores, Lisboa, Madrid y al fin la Capital Luz. El 17 de julio de 1955 ya estaba en Ginebra para asistir a la reunión de los "Cuatro Grandes" que hacía diez años vivían una guerra en frio. Los dos y medio que viviría en Europa no fueron un jardín de rosas, pero le dejaron entrever sus posibles, y aun cuando vivió meses de angustia en el Paris que vio ganar el Premio Nobel a Albert Camus, cantando en bares o tolerando hambres, pudo saber que la amistad era posible a partir de la admiración por su trabajo y creyendo que los tiempos iban a cambiar el destino del hombre. Seres como María Concepción Quintana, Hernán Vieco o Plinio Apuleyo Mendoza, quien le llevaría como periodista a la Caracas de Venezuela Gráfica, la "pornográfica" revista de los Capriles cuando caía Pérez Jiménez y luego a La Habana triunfante de Castro hasta llegar a Ciudad de México donde conocería, incluso antes de la publicación de *Cien años de soledad*, la buena fortuna, fueron apareciendo en su camino gracias a su deslumbrante manera de escribir y ver el mundo.

En la capital azteca, con la ayuda de un poeta que había pagado una larga visita a chirona por sus servicios a la empresa imperialista más grande

del mundo, que había sido jefe de relaciones públicas de una empresa aérea que se acabó cuando se le cayó el último avión, o extraído de un hotel el cadáver exquisito del hombre más rico del mundo en un ataúd de emergencia de la funeraria de la esquina, pero gozaba de la confianza de los poderosos publicistas del distrito federal, fue nombrado director de unas revistas de farándula que le garantizaron una vida cómoda con sus dos hijos y joven esposa hasta la tarde que el destino le hizo regresar al cuarto donde compuso su obra más conocida.

A mis 38 años y ya con cuatro libros publicados desde mis 20 años, --confesó en Cartagena de Indias el 27 de marzo de 2007-- *me senté en mi máquina de escribir y empecé: "Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo". No tenía la menor idea del significado ni del origen de esa frase ni hacia dónde debía conducirme. Lo que hoy sé es que no dejé de escribir durante 18 meses hasta que terminé el libro. [...]. Pocos años después Esperanza Araiza, la inolvidable Pera, una mecanógrafa de poetas y cineastas que había pasado en limpio grandes obras de escritores mexicanos me confesó que, cuando llevaba a su casa la última versión corregida por mí, resbaló al bajarse del autobús con un aguacero diluvial y las cuartillas quedaron flotando en el cenagal de la calle. Las recogió empapadas y casi ilegibles con la ayuda de otros pasajeros y las secó en su casa hoja por hoja con una plancha de ropa.*

Y otro libro mejor contaría cómo sobrevivimos durante ese tiempo en que no gané ni un centavo. Ni siquiera sé cómo hizo Mercedes durante esos meses para que no faltara ni un día la comida en la casa.

Después de los alivios efímeros con ciertas cosas menudas, hubo que apelar a las joyas que Mercedes había recibido de sus familiares

a través de los años. El experto las examinó con rigor de cirujano, pasó y pasó con sus ojos mágicos las esmeraldas del collar, los rubíes de las sortijas [...]. Y al final volvió con una larga verónica de novillero: "Todo esto es puro vidrio" [...].

Por fin, a principios de agosto de 1966, fuimos a la oficina de correos de México para enviar a Buenos Aires la versión terminada, un paquete de 590 cuartillas escritas a máquina a doble espacio dirigidas a Francisco Porrúa, director literario de la editorial Suramericana. El empleado del correo puso el paquete en la balanza, hizo sus cálculos mentales y dijo: "Son 82 pesos". Mercedes contó los billetes y las monedas sueltas que le quedaban en la cartera y se enfrentó a la realidad: "Sólo tenemos 53". Abrimos el paquete, lo dividimos en dos partes iguales y mandamos una a Buenos Aires sin preguntar siquiera cómo íbamos a conseguir el dinero para mandar el resto. Sólo después caímos en la cuenta de que no habíamos mandado la primera sino la última parte. Pero antes de que consiguiéramos el dinero para enviarla, Paco Porrúa, ansioso de leer la primera parte, nos anticipó dinero para que pudiéramos enviarlo. Así es como volvimos a nacer en nuestra vida de hoy.

Dejando a la prosodia expresarse como un torrente volcánico, con una prosa neta y espléndida que aviva y remueve emociones donde reconocemos para siempre su personalísima voz, *Cien años de soledad* [1967] es el recuento de la gloria y decadencia de un pueblo imaginario y la familia que lo fundó.

Macondo es al principio una perfecta comunidad, ganada a los pantanos por José Arcadio Buendía, patriarca del clan; un conquistador espiritual que al final es vencido en su deseo de conocimientos y muere atado a un castaño, musitando en latín argumentos contra la existencia de Dios. Su hijo, el coronel Aureliano, saca a Macondo del aislamiento con la

participación en los conflictos políticos, revolucionarios y la guerra civil. El periodo de desarrollo y explotación por parte de una gigantesca compañía bananera concluye en huelgas y en una masacre nocturna. Macondo entra en decadencia. La matriarca Úrsula Iguarán, luego de haber luchado por cerca de ciento treinta y cinco años para salvar el espíritu familiar, abandona sus luchas y el pueblo es gradualmente ocupado por la selva. Al final los dos Buendía sobrevivientes sucumben en un incesto delirante. Así se cumplen las profecías de Melquíades, que había escrito en sánscrito la historia que leemos.

Cien años es una metáfora de la historia que puede ser leída como fábula o poema. Relato mágico de la experiencia del hombre, desde el Paraíso hasta el Apocalipsis, recuenta los azares de vivos y muertos a través de presagios, hechicerías, sueños, fantasías, lubricidades, violencia y pestes; símbolos de esa *"ciencia de lo concreto"* con la cual descubrimos que la soledad, a que nos ha confinado el siglo de la erudición y las guerras atómicas, es el mal por excelencia. Es además una vigorosa memoria de los goces y dolores de la vida, donde se describen historias surreales de vivos y muertos: alfombras voladoras pasean niños sobre los techos del lugar; gigantescos imanes arrebatan sartenes, cubiertos, ollas y arrancan los clavos de las casas; en la selva, a doce kilómetros del mar hay un galeón anclado entre la selva; una peste de insomnio lleva a una progresiva amnesia a los macondianos, que deben marcar cada cosa con su nombre y escribir un gran letrero en la calle principal: *Dios existe*; hay gitanos que regresan a la vida porque no pueden soportar la soledad de la muerte; formidables parejas fornican sin cesar propagando la fecundidad de los mamíferos; varias jovencitas ascienden al cielo entre sábanas de gloria; las guerras inútiles del Coronel Aureliano Buendía, furibundo enemigo del gobierno cuya efigie de prócer termina por hacer parte del santoral luego de tener diecisiete hijos varones en otras tantas distintas mujeres pero son exterminados en una sola noche, escapa a catorce atentados, setenta y tres emboscadas y a un pelotón de fusilamiento; los prodigiosos amores de

Petra Cotes con Aureliano Segundo, bajo cuyo influjo las vacas y las ovejas se lanzan a parir desaforadamente; Mauricio Babilonia perseguido por una legión de mariposas amarillas vaya donde vaya, etc, etc.

El asunto central de la novela es el aislamiento. En Macondo, tierra de lo posible, no existe la solidaridad y la comunicación entre los hombres. Macondo es una Arcadia donde sólo triunfan la muerte y la violencia. Un pueblo habitado por sabios aislados y vidas anacrónicas cuyos símbolos vivos son José Arcadio Buendía, el vidente atiborrado de proyectos que termina junto a su difunto enemigo Prudencio Aguilar; Úrsula Iguarán, que confunde el presente y el pasado y es una muñeca que divierte a sus tataranietos, abandonada por la realidad de la que había sido su único médium; Aureliano Segundo que despilfarra su vida y la de su concubina mientras cubre con billetes de banco las paredes de las habitaciones, bebe ríos de brandy y baila, hasta la misma vejez, una eterna cumbiamba que apenas apacigua el diluvio universal; Remedios la bella que vaga por el desierto de la soledad hasta cuando asciende en cuerpo y alma al cielo; el coronel Aureliano preña mujeres que desconoce, fabrica pescaditos de oro y promueve inútiles levantamientos; Meme Buendía, muda desde el día que su madre la llevó a un convento de tierra fría para que diera a luz el hijo de Mauricio Babilonia, y Aureliano Babilonia, un adolescente que ignora el presente pero sabe todo sobre el hombre del medioevo.

El amor, al final de la novela, derrota a la soledad cerrando el círculo maléfico del incesto, maldición y destino de la familia. Cerca del fin del mundo Amaranta Ursula y Aureliano Babilonia se aman

> *en un universo vacío, donde la única realidad cotidiana y eterna era el amor, [...] un vínculo de solidaridad que no era tan deslumbrante y capitoso como la pasión, pero que les sirvió para amarse tanto y ser tan felices como en los tiempos alborotados de la salacidad,*

engendrando al último de la estirpe, que nace con cola de cerdo y es devorado por las hormigas.

Pero quien ha narrado la historia es el coronel Aureliano Buendía, que entre los avatares de las guerras compone en versos rimados sus encuentros con la vida y la muerte [*"Los escribía en los ásperos pergaminos que le regalaba Melquiades, en las paredes del baño, en la piel de sus brazos, y en todos aparecía Remedios en el aire soporífero de las dos de la tarde, Remedios en la callada respiración de las rosas, Remedios en la clepsidra secreta de las polillas, Remedios en el vapor del pan al amanecer*"] y ya cerca del final, quema, con el baúl de los poemas *"la historia misma de la familia, escrita por Melquiades, hasta en sus detalles más triviales, con cien años de anticipación. La había redactado en sánscrito, que era su lengua materna, y había cifrado los versos pares con la clave privada del emperador Augusto, y los impares con claves militares lacedemonias"*, porque gracias al misterio de la poesía *"no había ordenado los hechos en el tiempo convencional de los hombres sino que concentró un siglo de episodios cotidianos, de modo que todos coexistieran en un instante"*.

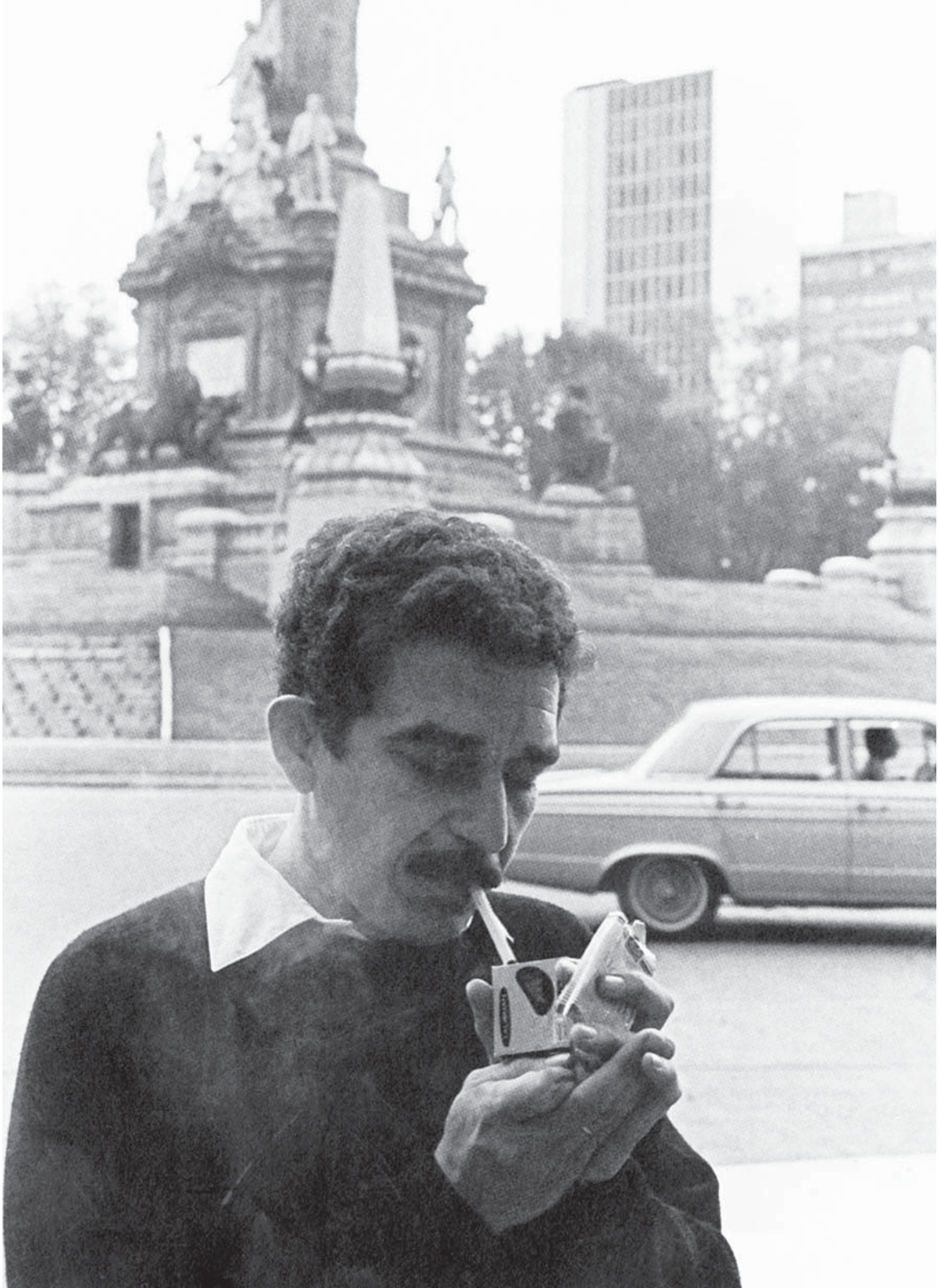
La fama llevó el 4 de noviembre de 1967 a la familia García Barcha a España. En Madrid estuvieron varios días en un hotel de tres estrellas, en Marques de Urquijo, que había sido, durante los años de su amistad con el primo de Franco, el lugar predilecto de Eduardo Carranza, aquel poeta falangista que tanto había admirado Gabito en su juventud. Llegaron a Barcelona en un auto de alquiler conducido por el propio García Márquez y luego de una estadía en hoteles terminaron viviendo en un enorme piso de cinco dormitorios en la Calle Caponata. Nunca más serían pobres.

Los seis años de Barcelona fueron de gloria y la fenomenal soledad que depara el laurel y el poderío, como dejó plasmado en su novela del dictador. En la capital de la Cataluña antifranquista sería, más allá de su prestigio y fortuna, tan subestimado como en Bogotá o Cartagena. Es cierto que gozó de la amistad y el consejo de Carlos Barral y Carmen Balcells, pero

la despiadada verdad es que solo tuvo un par de amigos, un siquiatra madrileño y su mujer, una malagueña que acaba de terminar sus estudios de literatura en la universidad de Barcelona. *La Divine Gauche* que bebía y departía en Bocaccio en la Calle Muntaner, o las "Cien familias" del Barça en la costa de Tarragona, lo percibieron como un solapado cateto izquierdista que no lograba comprender *the way of life* de unos europeos acomodados partidarios de las revoluciones violentas, mientras él, amigo de Fidel Castro y Omar Torrijos, que escribía un libro sobre un dictador eterno, nunca pronunciara una sola palabra contra Francisco Franco, así donara un premio de una universidad norteamericana para crear un comité de presos políticos en su patria o regalara el gaje del Rómulo Gallegos para crear un periódico del MAS venezolano.

El otoño del patriarca (1975) fue un poema autocrítico sobre la soledad del poder de quien que no soporta la emulación de sus pares. Construido en seis capítulos que suman aproximadamente cien frases en total, en una carta reconoció que debió haber sido escrito como un poema lírico [λυρική] pero no tuvo el valor de abandonar la épica [ἐπικός].

Un bastardo de una pajarera preñada en medio de una tempestad de moscardones, que cree se ha engendrado a sí mismo y nace en las puertas de un convento con grandes pies deformes y un sólo testículo del tamaño de un higo, se convierte en General del Universo de una República Tropical como instrumento de una potencia extranjera, entre los 107 y los 232 años de su edad y engendra cinco mil niños. Analfabeta y rústico, egoísta, lascivo, soberbio y ambicioso, encuentra un mundo interesado en dar brillo a su imagen de asombroso escalador social, desde su anonimato de ayer hasta la idolatría popular del hoy, víctima de sí mismo y esclavo de su descomunal totalitarismo. Desata así un régimen paternalista de terror con la conciencia de que el poder termina por generarse a sí mismo y crea sus propias verdades. Cien años dura el cautiverio de un pueblo sometido a las hábiles componendas de un tirano que usa, con impresionante eficacia, las técnicas modernas de la comunicación de masas



cambiando el tiempo para usarlo a su amaño; haciendo que el ganado nazca con su marca hereditaria; gana la lotería cada semana mediante trampas realizadas por niños a quienes ahoga temiendo ser descubierto; vende el mar a los extranjeros y el embajador de Estados Unidos ordena succionarlo mediante dragas gigantescas *"en piezas numeradas para plantarlas lejos de los huracanes en los coloreados amaneceres de Arizona, se lo llevaron con todo lo que tenía dentro, señor general, con los reflejos de nuestras ciudades, nuestra tímida gente ahogada, nuestros dragones dementes"*; comete seniles atrocidades sexuales; hace la guerra a la Iglesia pues esta no canoniza a su madre, etc. Un tirano que agrega al mundo el miedo a vivir, porque se teme a sí mismo y es incapaz de amar.

Los años de Barcelona y la escritura de *El otoño del patriarca* transformaron a Gabito en Gabriel Garcia Marquez, un señor que trataría de tú a tú con los poderosos de la tierra, imposibilitado por el destino para departir con sus iguales con un ego que le empujaba a elevarse más y más sobre sí mismo. Uno, que siendo el tímido y modesto y amable de siempre, sería hasta el fin un ser horripilante que solo pudo estar a sus anchas entre desagradables, entre Alvaro Mutis, Gloria Valencia, Alvaro Castaño, Bill Clinton, Daniel Ortega, Alfonso López Michelsen, Carlos Fuentes, Felipe Gonzalez, François Mitterrand, Belisario Betancur, Enrique Santos Calderón, María Jimena Duzán, Gloria Triana y toda la gama de los presidentes mexicanos, incluidos Luis Echeverría Álvarez, José López Portillo y Carlos Salinas de Gortari.

> *"Es casi un confesión personal, un libro autobiográfico, un libro de memorias*, --dijo a Guillermo Sheridan y Armando Pereira durante una entrevista para la revista de la Universidad de México en 1976--. *Lo que pasa es que, por supuesto, son memorias cifradas; pero si tú en vez de ver a un dictador ves a un escritor famoso y terriblemente incómodo con su fama, con esa clave, puedes leer el libro y te resulta."*

El asesinato de Salvador Allende y las muertes de Pablo Neruda, Roldós y Torrijos fueron catástrofe para García Márquez: "*Un presidente prometeico atrincherado en su palacio en llamas murió peleando solo contra todo un ejército, y dos desastres aéreos sospechosos y nunca esclarecidos segaron la vida de otro de corazón generoso y la de un militar demócrata que había restaurado la dignidad de su pueblo*". Allende había muerto confiando en las virtudes de las democracias, mientras el castrismo perseguía a los intelectuales disidentes, convirtiendo el llamado Caso Padilla en causal de distanciamiento entre García Márquez y sus viejos amigos Vargas Llosa, Juan Goytisolo, Juan Marsé o Plinio Apuleyo Mendoza, [*"Soy un comunista que no encuentra dónde sentarse"*] y del enfriamiento con el régimen cubano, del cual estaría alejado al menos un par de años. Creyó entonces que si creaba un periodismo crítico, lejano de los tradicionales partidos de izquierda y sus aparatos de propaganda, quizás las democracias latinoamericanas tomaran nuevos caminos. El golpe de estado de Pinochet fue el punto de inflexión definitivo de su alejamiento no solo de Barcelona sino de sus iguales.

Como había declarado que no volvería a escribir novelas mientras estuviese Augusto Pinochet en el poder, una camarilla de la Social Bacanería, comandada por el enigmático millonario Enrique Santos Calderón, logró convencer a Gabito de cofinanciar [*"no creía en semejante aventura en un país donde la efervescencia de los grupos revolucionarios iba de la mano de su canibalismo político"*], durante seis años, la revista Alternativa. Fueron en su mayoría intelectuales del M-19 de Abril, [Jaime Bateman Cayón, Carlos Duplat Sanjuán, Gerardo Quevedo, Carlos Vidales, Carlos Sánchez, Nelson Osorio Marín] un grupo guerrillero urbano y universitario surgido a raíz del fraude electoral que impuso a Misael Pastrana presidente, ejecutores del asesinato de José Raquel Mercado, el robo de la espada de Bolívar, el secuestro de Álvaro Gómez Hurtado, el robo de fusiles del Cantón Norte o la toma del Palacio de Justicia, y se desmovilizaría durante el gobierno de Virgilio Barco

para hacer parte de la Constituyente de 1991. Aparte de Enrique, sobrino del periodista más poderoso de Colombia pero festivo partidario de la lucha armada contra su propia clase oligárquica, y hermano mayor del ex presidente Juan Manuel Santos, que intentó entregar el país a la guerrilla de las FARC, al grupo se sumaron José Vicente Kataraín, caballero de industria que terminaría siendo el más grande editor petardista de la obra del premio nobel; Antonio Caballero Holguín, hijo del novelista Eduardo Caballero y hermano del gran pintor Luis Caballero, autor de la biografía del poeta Ignacio Escobar Urdaneta de Brigard, el más notable lírico de la Generación Desencantada; el pastuso Bernardo García, economista de la *Ecole de Hauts Etudes* de Paris y su primer director; el versificador, humorista de farándula y hermano del ex presidente elegido con dineros del Cartel de Cali, Daniel Samper Pizano, padre del creador de SoHo, el catálogo de putas de la mafia, Daniel Samper Ospina y el afrancesado del sesenta y ocho Jorge Restrepo.

El primer número de Alternativa salió el 18 de febrero de 1974 y el último, el 257, el 27 de marzo de 1980, justo un mes después de la toma de la Embajada de la República Dominicana por el M-19. Dos años más tarde Felipe López Caballero, hijo mayor de Alfonso López Michelsen comentó a Enrique Santos Calderón que quería hacer una revista independiente pero sin el radicalismo de Alternativa. Después de comprarle las máquinas, los muebles y llevarse hasta el fotógrafo fundó Semana en mayo de 1982, el semanario más celebrado y leído por la Social Bacanería. Enrique sería codirector de El Tiempo con su primo Rafael, el Ayatollah a quien Gabito calificó de *"retrasado mental que carece por completo del sentido de las palabras, que deshonra el oficio más noble del mundo con su lógica de oligofrénico, que revela una absoluta falta de compasión por el pellejo ajeno y razona como alguien que no tiene ni la menor idea de cuán arduo y comprometedor es el trabajo de hacerse hombre"*. Enrique también fue Presidente de la Sociedad Interamericana de Prensa, padre de Alejandro Santos Rubino, director de Semana, y

gestor del "proceso de paz" de La Habana durante la eterna presidencia de su hermano. Gabriel García Márquez sería dueño y presidente editorial de la revista Cambio o el noticiero QAP y Antonio Caballero Holguín el columnista más leído del país en la revista Semana.

Animadversiones y sospechas causadas por sus vínculos con el M-19 y las instigaciones que hacía Ignacio Chaves Cuevas, director vitalicio del Instituto Caro y Cuervo, adicto turbayista, ante rectores universitarios nacionales y extranjeros, acusándole de ser el cerebro verdadero del movimiento subversivo. La misma semana que el gobierno colombiano rompía relaciones con Cuba, Gabito pidió ayuda a la embajadora de México, quien le dejó pasar la noche del 25 de marzo de 1981 en la sede diplomática y la tarde siguiente le acompañó en el vuelo hacia la capital azteca. Se le acusaba de exiliarse para vender la *Crónica de una muerte anunciada*, y desacreditar el gobierno de Turbay Ayala y su ministro de defensa Camacho Leiva.

> *Tengo convicciones políticas claras y firmes, sustentadas, por encima de todo, en mi propio sentido de la realidad, y siempre las he dicho en público para que pueda oírlas el que las quiera oír, escribió en El Pais de Madrid. He pasado por casi todo en el mundo. Desde ser arrestado y escupido por la policía francesa, que me confundió con un rebelde argelino, hasta quedarme encerrado con el papa Juan Pablo II en su biblioteca privada, porque él mismo no lograba girar la llave en la cerradura. Desde haber comido las sobras de un cajón de basuras en París, hasta dormir en la cama romana donde murió el rey don Alfonso XIII. Pero nunca, ni en las verdes ni en las maduras, me he permitido la soberbia de olvidar que no soy nadie más que uno de los 16 hijos del telegrafista de Aracataca. De esa lealtad a mi origen se deriva todo lo demás: mi condición humana, mi suerte literaria y mi honradez política.*

Cronache di poveri amanti [1947] de Vasco Patrolini, en la traducción de Attilio Dabini para Lozada en Buenos Aires en 1951, fue una de las novelas del neorrealismo más celebradas y leídas a mediados del siglo pasado. Situada a comienzos de los años veinte en una calle de Florencia, a través de las crónicas de vida de un barrendero, un tipógrafo, una ex-meretriz, un ferroviario, un herrero o un carbonero se levanta un fresco de como sobreviven en una comunidad politizada y escindida por conflictos sociales e ideológicos causados por el fascismo.

En el *Edipo rey* de Sófocles, --la tragedia griega que Gabito admiró porque al final uno descubre que *"el detective y el asesino son la misma persona"*-- un augurio advierte a Layo que será asesinado por su propio hijo. Decidido a rehuir su destino, ata los pies al recién nacido y le abandona en una montaña. La criatura es recogida por un pastor que le entrega al rey de Corinto que le adopta como hijo con el nombre de Edipo. El niño, que no sabe es adoptado, abandona Corinto cuando un oráculo proclama que matará a su padre. En la travesía encuentra y mata a Layo creyendo que el monarca y sus ayudantes son una banda de ladrones y así se cumple la profecía. Solo y sin hogar llega a Tebas acosado por la Esfinge, un monstruo que va de ciudad en ciudad matando y devorando a los viajeros que no resuelven los enigmas que les propone. Cuando Edipo resuelve el enigma la esfinge se suicida. Creyendo que Layo ha muerto a manos de asaltantes y agradecidos con el viajero por librarlos de la Esfinge los tebanos le hacen rey y le casan con Yocasta, su reina. La pareja vive feliz por años ignorando que son madre e hijo, pero Edipo descubre un día que involuntariamente ha dado muerte a su padre. Atribulada al saber que ha llevado una vida incestuosa Yocasta se suicida y Edipo al saberlo se arranca los ojos y abandona el trono.

Crónica de una muerte anunciada es una huella exacta de aquella pieza de relojería. Las vicisitudes que cercan la muerte de Santiago Nasar la siguiente mañana al malogrado casamiento de Ángela Vicario con Bayardo de San Román, son reconstruidas sumando los testimonios de los agonistas,

pesquisas ineludibles para que la curiosidad del lector quede estimulada y crezca la polifonía de interpretaciones. Las voces que perpetúan, revelan o atesoran los detalles que perfeccionan la desventura. En la *Crónica* los protagonistas son espoleados a la acción por impulsos incontrolables. Los asesinos hermanos de la novia están constreñidos a limpiar su honra y la de su hermana destazando a Santiago Nasar, así hagan lo inimaginable por obstruir un destino que no consiguen frustrar. El alcalde los desarma, pero tienen tiempo para rearmarse. La dueña de la tienda donde esperan siente lástima de ellos y ruega al coronel alcalde los detenga. Pero algo más poderoso que la voluntad humana conduce el porvenir. Todos intenta advertir a Santiago de su muerte inminente pero las noticias no llegan a destino, alguien pone bajo la puerta de su casa una nota que nadie lee, unos pordioseros también fracasan, otros deciden no actuar porque constatan que todo es inevitable, la madre del narrador cree posible impedirlo y sale a informar a la madre de Nasar *"porque siempre hay que estar de parte del muerto"* pero en el camino sabe que ya le han apuñaleado. El único que nunca sabe que va a morir es el muerto.

En *La Crónica* como en *El Coronel* la materia y sus secuencias narrativas están al servicio de la intensidad poética, así la crítica quiera ver en ello otros asuntos. Pero ni el machismo ni el ejercicio constante de la violencia definen la altura de lo narrado. Más que los sumarios del juez que aduce el narrador haber consultado, donde no hay evidencias para acusar a Cayetano Gentile Chimento de estropear a Margarita Chica Salas, la fatalidad, la venganza y el misterio de quienes fueron los autores intelectuales del crimen provienen de Suetonio y *Los idus de marzo*. Santiago Nasar es Julio César. Al estar incompleto el sumario, Gabito reconstruye el asesinato a partir de contradicciones y silencios que nada solventan.

El 30 de setiembre de 1981, nueve meses y siete días luego que El Excélsior de México anunciara que de *Crónica de una muerte anunciada* se habían impreso un millón de ejemplares para el mundo hispanoamericano y

Montserrat Ordoñez detallara que el tiraje para Colombia sería primero de 150 mil en pasta dura y 400 mil en rústica y de otros 400 mil sólo para Panamá, sin contar los cientos de miles que José Vicente Kataraín hizo a espaldas del autor, Gabito confesó en El Pais de Madrid que acababa de releer *"la hermosa novela de Thornton Wilder."*

> *El 15 de marzo del 44 antes de Cristo, todo el mundo sabía en Roma que iban a matar a César. Todo el mundo menos él. Plutarco cuenta que Artemidoro se abrió paso a través de la muchedumbre que aclamaba al dictador cuando iba para el Senado y le entregó un papel escrito de su puño y letra con la advertencia de que lo leyera de inmediato. César solía entregar a sus secretarios los muchos papeles que le daban en la calle, pero aquel lo retuvo en la mano izquierda para leerlo en la primera oportunidad. Allí estaban contados los pormenores de la conspiración y la forma en que César sería asesinado. Pero no lo leyó nunca, pues un instante después entró en el Senado y fue muerto de veintitrés puñaladas. Suetonio termina su relato de este modo: "Antisio, el médico, dijo que de todas aquellas heridas sólo la segunda en el pecho debió haber sido mortal". Cualquier parecido con cualquier otra historia, viva o muerta, será pura coincidencia.*

El lunes 6 de diciembre de 1982 un inmenso avión de la empresa estatal de aviación colombiana despegó de Bogotá rumbo a Estocolmo con la representación oficial que asistiría a la recepción del Premio Nobel de Literatura. Dieciocho días antes, el 19 de noviembre, Belisario Betancur había firmado la Ley 35 donde otorgaba perdón y olvido a los alzados en armas, cesando todo procedimiento judicial con la consecuente libertad inmediata de los presos políticos, sin exigir el desarme de las guerrillas así duplicara las penas por porte ilegal de armas. 535 ciudadanos fueron exonerados de responsabilidades y dejados en libertad: 417 del M-19, 23

del ELN, 60 de las FARC, 31 del PLA y 4 del ADO. Una paz armada que terminaría con el exterminio de la Unión Patriótica y la toma y retoma del Palacio de Justicia.

Estocolmo en invierno era una suerte de brillante atabal rodeado por las cárdenas aguas del Báltico, con los domos de sus iglesias resplandeciendo al ocaso. El gobierno colombiano alojó los 150 miembros de la delegación en un barco donde morían de frio, pero la noche del banquete en el Palacio del Ayuntamiento luego que las trompetas anunciaran la llegada de los reyes, al golpe seco y profundo de los tambores los bailarines de Palenque portando banderas de Colombia y Suecia descendieron por la escalera imperial mientras cantaba Totó la momposina. Luego oyeron a Emilianito y Poncho Zuleta, Diomedes Diaz y el contrapunteo de los vaqueros de las grandes llanuras atizadas por el arpa de Homero.

> *En cada línea que escribo trato siempre, con mayor o menor fortuna, de invocar los espíritus esquivos de la poesía, y trato de dejar en cada palabra el testimonio de mi devoción por sus virtudes de adivinación, y por su permanente victoria contra los sordos poderes de la muerte*, --dijo en el Salón Azul de aquel palacio--. *El premio que acabo de recibir lo entiendo, con toda humildad, como la consoladora evidencia de que mi intento no ha sido en vano. Es por eso que os invito a brindar por la poesía, que un grande de nuestras Américas, Luis Cardoza y Aragón, ha definido como la única prueba concreta de la existencia del hombre.*

El día anterior en la espléndida recámara real del Grand Hotel, con sus ventanas mirando a la noche, una gigantesca mesa con floreros de porcelana repletos de rosas amarillas ofrecía bandejas de salmón y heladas botellas de champan, mientras la Gaba y el Gabo se disponían a salir hacia el gran salón para recibir el Premio Nobel. Una foto lo deja en calzoncillos de invierno rodeado de sus amigos vestidos de etiqueta con una rosa amarilla

en la solapa contra el mal fario. En otra, el grupo que le arropa desciende la vasta escalera mientras estallan los aplausos y el supersticioso nieto del coronel de Aracataca, vestido de cotona, como un campesino el día de mercado, murmura para sí mismo: *"¡Mierda, esto es como uno asistir a su propio entierro!"*

Las primeras seis víctimas del cólera sucumbieron en Cartagena de Indias el 24 de junio de 1849. Se creyó que habían ingerido pescado y cangrejos capturados con barbasco. Lo cierto es que se habían contagiado por beber agua de unas goletas que trajeron seis marineros con los mismos síndromes de aquellos: náusea constante, defecaciones con aspecto de agua de arroz, espasmos violentos, sed devorante, frío en las extremidades, calor lívido y después azulado, naufragio de los ojos, demacración rápida, pérdida de las fuerzas, muerte a las veinticuatro horas o los tres o cuatro días. La peste atacó a los que bebían del agua manipulada en casimbas y tinajas desde los arroyos de Matute en Turbaco o los mercados de Basurto y Getsemaní. En el Cementerio de Manga hubo que abrir fosas comunes en las calles cercanas para dar sepultura a los muertos, que trasportados en carretas y palanganas, en burros o en andas, eran acompañados de los gritos dolientes, apenas opacados por el estruendo de los cañones que purificaban el aire. En Cartagena murieron unas 6000 personas de las 18000 que la habitaban. En total, en la costa atlántica fallecieron unas veinticuatro mil personas. Los que sobrevivieron fueron aliviados con tártaro emético, agua de manzanilla y cinco gotas de láudano.

Publicada tres años después de recibir el Premio Nobel, *El amor en los tiempos del cólera* (1985) es un espléndido y grandioso fresco operático al natural y proustiano sobre las costumbres de la clase alta caribeña de entre siglos, a partir de las notas irónicas y cínicas sobre el comercio carnal que Florentino Ariza había tomado para escribir un Secretario de los enamorados, *"una extensa meditación sobre la vida, con base en*

INFORMACION DE COLOMBIA Y EL MUNDO/Nº70/6-12 DE AGOSTO DE 1983

semana

GARCIA MARQUEZ INVESTIGA

BATEMAN: MISTERIO SIN FIN

Colombia: 80 pesos

sus ideas y experiencias de las relaciones entre hombre y mujer" o *"serios motivos de reflexión para seguir viviendo"* como anota luego de su lectura, Fermina Daza.

Rica en detalles e incidentes tiene tres personajes principales que conforman el triángulo amoroso mediante el cual se diseña el extenso cuadro de costumbres. Fermina, "la diosa coronada", comparte su larga existencia con Juvenal Urbino, su marido por más de cincuenta años, y Florentino, el eterno pretendiente que la espera 53 años, 7 meses y 11 días, tras los 51 años, 9 meses y 4 días desde que terminó su noviazgo.

El domingo 8 de junio de 1930, día de Pentecostés, concurren dos defunciones que cambiarán el sino de los personajes y los enredos de sus vidas. Un sexagenario se suicida con sahumerio de cianuro de oro, junto a su mascota, atormentado por la gerontofobia y su amigo y protector, el médico más prestigioso del pueblo, muere al caer de un árbol tratando de capturar un loro que ha escapado de su encierro. El día del sepelio, el antiguo pretendiente de la viuda, renueva ante ella, quien de nuevo le desprecia, el juramento de amor y eterna fidelidad de hace medio siglo.

Jeremiah de Saint-Amour, que había gozado media vida el azar de los amores prohibidos con su aparente criada mulata, se quita la vida porque considera la vejez un estado indecente que debe impedirse. Lisiado de guerra, sobreviviente de una pena de muerte y otra cadena perpetua, es considerado un santo laico por el doctor Juvenal Urbino, su antagonista en el juego del ajedrez.

Hijo de un importante médico que había muerto de una diarrea secretoria con un marcado olor a pescado, el doctor Juvenal Urbino, que el día de su muerte había cumplido setenta y un años, luego de terminar sus estudios en Francia se hizo conocer por haber conjurado la más reciente epidemia de cólera morbo con métodos novedosos y drásticos. Con su enorme prestigio presidió y fundó la Sociedad Médica, el Centro Artístico, la Escuela de Bellas Artes, la Academia de la Lengua y de Historia, construyó el acueducto, el sistema de alcantarillado, el mercado

público cubierto de la bahía de las Ánimas y el Teatro de la Comedia que no tenía sillas ni lámparas y los asistentes tenían que traer a sus criados con las sillas y las velas y las comidas. Aristócrata extasiado, pacifista por naturaleza, liberal de tradición que se arrodillaba cuando pasaba el coche del obispo, sus copartidarios lo consideraban un godo de las cavernas, los godos decían que era masón y los masones lo acusaban de ser un agente del Vaticano.

Aun cuando reconocía que se había casado en plena juventud, siendo el soltero más codiciado, con Fermina Daza, una bella mujer sin posición social ni fortuna alguna más por vanidad que por amor, un capricho *"fruto de una equivocación clínica"*, era tan fiel que *"su esposa sabía dónde mandarle un recado si surgía algo urgente durante el recorrido de la tarde"*, hasta que se enamoró cuatro meses perdidamente de la señorita Bárbara Lynch, doctora en Teología y alta, bella, elegante y dulce mulata divorciada.

A los setenta y un años y con medio siglo de matrimonio encima, el Doctor Urbino ya había advertido el ultraje de la vejez. Su sordera crecía tanto como su desmemoria y había perdido el sentido de la justicia.

Rubia, de ojos almendrados, con una eterna trenza sola, Fermina Daza era hija de un viudo de pro que vivía con una hermana soltera. Enamorada de Florentino Ariza, prefirió casarse con Juvenal Urbino y fue atándose a él de tal manera que terminaron por ser un solo ser. Apasionada por las flores del trópico y los animales domésticos, tuvo toda clase de animales hasta el día que su marido prohibió la entrada en casa de seres vivos que no hablasen. Fermina odiaba a su marido cada vez que se orinaba fuera de la taza y poseía tanto olfato como para seguir el rastro de una persona o animal por su olor, privilegio que le permitió saber a tiempo que la señorita Bárbara Lynch olía a negra.

Aparte de la plenitud de amor entre Florentino y Fermina, la novela es un catálogo del cataclismo de amor que siente Florentino cuando la joven Fermina le mira por primera vez y que medio siglo después no había

terminado; el tímido amor de Fermina al sentirse mirada por los ojos de hielo, el rostro lívido y los labios petrificados de Florentino; el meramente sexual de las percudidas pájaras de Lotario Thugut; el amor masoquista de las tres mujeres de un chulo que premiaba con su amor a la que le trajera más dinero; el suplicante amor de una macilenta joven envejecida que requiere al joven Florentino como un regalo del cielo; el contrariado amor de Fermina Sánchez por Lorenzo Daza; el rápido y triunfal amor de una mujer caliente y desaforada que despoja sin gloria de la virginidad a Florentino; los amores solitarios de Fermina mientras se masturba en un dormitorio compartido con media docena de primas; el amor de paloma mensajera de Olimpia Zuleta y su final de horror; el amor de sirvienta de lujo de Fermina doblado el cabo de la madurez; el amor de negra belleza interminable de la señorita Bárbara Lynch, doctora en teología, por el doctor Urbino; el amor con lavativas de Andrea Varón, Nuestra Señora la de Todos, y el único y maravilloso amor de América Vicuña, con sus catorce años apenas cumplidos, gozado ya con esta adolescente o con mercenarias, blancas, mulatas, ricas, solteras, casadas, generosas, calculadoras, locas, ejecutivas, y las maneras de alcanzarle: la postura del misionero, la de la bicicleta de mar, la del pollo asado, la del ángel descuartizado, etc.

A excepción de Leona Casiani, *"la verdadera mujer de su vida"*, todas las mujeres de la novela, incluida Fermina, se someten a la voluntad de los machos. Casiani es la eterna secretaria y confidente, menos en amores, de Florentino, y quien se atreve a negarle otro amor porque hace tiempos sabe que él no es el hombre que busca. El resto de los personajes femeninos, [La viuda de Nazaret, amante por treinta años; Ausencia Santander, amante por siete; Sara Noriega, poeta y maestra de escuela; la deslenguada Brígida Zuleta; Prudencia Pitre, la viuda de Dos; Josefa, viuda de Zúñiga y Angeles Alfaro, la efímera chelista más amada] viven y quizás comprenden, un mundo regido por hombres donde estos mueren de terror ante la inminencia de salir al mundo real, y ellas, luego de empujarles al abismo fuera de la casa, tiemblan al pensar que no volverán nunca.

10 de Octubre 1982
a las 6 de la mañana se
dan las Noticias del Premio Nobel
Casa Fuego 144

Foto Tomada por Rodrigo Gotta
al levantarnos -

Un erudito español sostiene que el arquetipo de *El amor en los tiempos del cólera* más allá del amor cortes medieval y los folletines de lágrimas del siglo XIX, es la literatura amatoria grecolatina. En *Motivos y tópicos amatorios clásicos en El amor en los tiempos del cólera*, Cabello Pino sostiene que el motivo central de la novela es el *morbus amoris* que aparece ya en Safo, Eurípides, Teócrito, Apolonio de Rodas, Lucrecio, Catulo o Propercio, con sus variantes y síntomas, y las *erotodidaxis* [enseñanza del amor] y *fides* [fidelidad entre los amantes]. Según estos paradigmas la pérdida de la virginidad de Florentino Ariza allana el alivio de su prolongada espera por Fermina y sirve de escuela hasta el momento de la conquista final. El *foedus amoris* [pacto de amor] de Florentino hacia Fermina se conserva más allá y sobre sus 622 aventuras amatorias porque conserva su corazón para ella. A los que hay que agregar otros motivos tópicos como el triángulo amoroso elegíaco, el *servitium amoris* [esclavitud de amor], la *militia amoris* [guerra amatoria], la caza del amor, el *furtivus amoris*, el *exclusus amator*, las señales secretas en los amores prohibidos, el enamoramiento de oídas y el amor a primera vista, la *puella divina*, el tormento de amar, el suicidio por amor, la magia en los amores y el *ignis amoris*, que quema. Pero lo cierto es que si ello es factible, todos estos motivos amatorios han convivido en la sociedad caribeña donde creció el cataqueño, cuya prosodia arma las estructuras de las frases habladas del texto.

El amor vence a la vejez, parece ser la divisa de la novela, sin importar que durante el medio siglo de espera para consumar este amor contrariado por el destino, la muerte haya hecho de las suyas mediante la peste del cólera y las guerras civiles.

El general en su laberinto (1989), comienza el sábado ocho de mayo de 1830 cuando José Palacios, negro pelirrojo manumiso barloventeño, analfabeto servidor de El Libertador durante 38 años, le encuentra

flotando en las aguas de la bañera creyendo que ha muerto, y termina, al cabo de un penoso viaje en una chalupa por el río de La Magdalena -tratando de llegar a Venezuela para *"empezar otra vez desde el principio"*- una semana antes de su muerte, el viernes 10 de diciembre, cuando exclama ante el médico Prospero Reverand: *"Carajos, ¿cómo voy a salir de este laberinto?"*.

Organizado en ocho secuencias que narran los 225 días del viaje final del Padre de la Patria y su derrota definitiva por unificar la Gran Colombia, retratando al detalle extremo su creciente deterioro físico y la ruina de su poder, a la manera como Gibbon compuso, a partir de fuentes ignoradas cuando no de suposiciones y elaboraciones propias *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, García Márquez, usando de mínimos detalles de ese viaje a los avernos de la desilusión, sepultados en cartas y memorias, recogidos por historiadores y amigos, tejió al croché esta su obra maestra, magna pieza operática digna de Wagner y Verdi. Los ejes narrativos paralelos levantan en vilo la devastación del cuerpo del Libertador y la inutilidad de su idea de mantener unido lo que sus generales caudillos rasgaron con su destitución como presidente vitalicio y el asesinato de Sucre. Todas las fórmulas de progreso que sus Constituciones prometieron a los desposeídos se hundieron con su muerte y solo doscientos años después parece podrían hacerse realidad. La boliviana refleja esa mezcla de autoritarismo y hondo republicanismo de caracteriza su pensamiento político. Había que implantar el orden y luego reformar la constitución para consagrar las libertadas alcanzadas. El período de creación de la inmensa patria latinoamericana establecía, además del presidente vitalicio, la igualdad ante la ley, la separación del estado y la religión y libertad de cultos, con una suprema corte y una cámara de censores donde las opiniones del pueblo serían oídas para adelantar, las reformas sociales y políticas, que las necesidades de la hora fuesen demandando. La cámara de los tribunos -representantes directos del pueblo- crearía los impuestos, señalaría las necesidades, juzgaría las conveniencias de las instituciones,

decretaría la paz y la guerra, establecería el sistema monetario, las alianzas con extranjeros, etc. Porque como editorializó *The Times* de Londres el sábado 19 de febrero de 1831: *"Incluso para el arquitecto político más experto habría sido probablemente imposible construir un edificio de orden social y de libertad permanentes con los materiales que Bolívar tenía a su disposición, pero no importa qué fuera lo que pudiera hacerse, él lo consiguió y todo lo bueno que existe en los actuales sistemas de Colombia y Perú quizá se deba a sus conocimientos y capacidad superiores."*

Aun cuando viene de regreso de los goces del poder, el General conserva intacta su gloria y el recuerdo de sus treinta y cinco amadas: Miranda Lindsay, que le había salvado de la muerte en Jamaica en 1815; la fantasmagórica muchacha que en Puerto Real canta *"Díme que nunca es tarde para morir de amor"*; Josefina Sagrario, una momposina llena de joyas sobre su desnudez cuyo peso impide al general llevarla hasta la hamaca; Ana Lenoit, con quien nunca tuvo romance alguno; las cinco indivisibles del matriarcado de doña Manuela Garaycoa de Calderón y su Gloriosa hija menor Joaquina; Manuelita Madroño, una salvaje mestiza de dieciocho años; Francisca Zubiaga de Gamarra, mujer de un mariscal que luego sería presidente; la anónima muchacha que le recibe en Cartagena con el pelo lleno de cocuyos y le dice al despedirse *"nadie es virgen desupués de una noche con su excelencia"*; Delfina de Guardiola, la bella de Angostura, Ana Ceofle Cuero, la negra esclava de Mulaló y Manuela Sáenz, su adorable loca de los últimos siete años, que le sigue hasta Guaduas para saber que ha muerto.

> *Una vez saciado* -dice García Márquez- *le bastaba con la ilusión de seguir sintiéndose de ellas en el recuerdo, entregándose a ellas desde lejos en cartas arrebatadoras, mandándoles regalos abrumadores para defenderse del olvido, pero sin comprometer ni un ápice de su vida en un sentimiento que más se parecía a la vanidad que al amor.*

Con un estilo poético jugoso, depurado y situado con realismo en la época en diferentes planos de tiempo, matizado de diálogos llenos de sabiduría popular, utilizando del monólogo interior, la parodia, la ironía y la sátira, brillante en juegos lingüísticos y formas abiertas que lindan con el mito y lo fantástico, García Márquez construye un romántico viaje de horror hacia la muerte. Las técnicas de la novela romántica y clásica son usadas con conocimiento y destreza: el héroe es un virtuoso abatido por el destino contra quien no solo conspiran los hombres sino la enfermedad del siglo: la tuberculosis. El cuerpo, las lluvias, el calor, la ropa, el sol implacable hacen más feroces los efectos del *"torrente de mierda humana"* que recorre el mundo. Quien lee, sabe desde la primera página qué va a suceder y sólo continúa por placer. Un placer que termina en llanto y dolor gracias a la eficiencia narrativa. La utopía, motivo central de sus novelas, vuelve a ser el eje de ésta como lo fue en *Cien años de soledad* con un Macondo donde las cosas hubo que fundarlas porque carecían de nombre y como José Arcadio Buendía, a la búsqueda del progreso y los secretos de la alquimia, que conducen, ineludibles, al fracaso. Tanto los esfuerzos de Bolívar como los del Coronel Aureliano y José Arcadio terminan mal. Todo parece estar condenado al fracaso, a una ruina de los ideales. Fracasos de la razón y las ilusiones que alimentó la Ilustración de Voltaire y Rousseau.

El general es el "retrato" pagano de un héroe - sostenido por su voluntad de hierro entre un mar de desesperanza, roído por la indiferencia y la soberbia de quienes había liberado, desnudo en su soledad y convencido de que sería vencido por la misma historia que le niega la luz para salir de ese laberinto, creado por su visión del futuro, y el terror de los mestizos a aceptar la nueva patria: América Latina. Con un personaje visto en sus minucias y manías, es también el análisis particularizado del poder consumado y rechazado. García Márquez ha penetrado con la imaginación en el ser de Bolívar y lo ofrece, gracias a sus miserias, entero, imponente en sus facetas de guerrero, de estadista, de visionario, de amante y de hombre de pensamiento y acción.

El general fue la culminación de una saga sobre los estragos de la soledad del poder, el amor y el absurdo de la gloria que había comenzado con *El coronel no tiene quien le escriba*, la historia del viejo militar que sin tener con que comer libra su última batalla por la vida de un gallo, prolongada en Aureliano Buendía y sus treinta y dos batallas perdidas en *Cien años de soledad*, y el viaje hacia los tenebrosos dispositivos del totalitarismo en El otoño del Patriarca, porque como había consignado en su gran novela:

> *todo lo escrito en ellos era irrepetible desde siempre y para siempre, porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra.*

Aun cuando dijo varias veces que había dejado de escribir, al morir dejó terminada, luego de una decena de versiones que se conservan en una universidad norteamericana, otra, sin duda, gran novela. *En agosto nos vemos* la prosa de *El general en su laberinto* resucita con todo su esplendor. Un trabajo de orfebrería, digno de los filmes de Vitorio de Sicca; un relente de detalles que nos instaura en esa para realidad que solo él pudo ofrecernos del mundo.

> *Antes de arreglarse se quitó la camisa escocesa, el anillo de casada y el reloj de hombre que usaba en el brazo derecho, y se hizo abluciones rápidas en la cara para lavarse el polvo del viaje y espantar el sueño de la siesta. Cuando acabó de secarse sopesó en el espejo sus senos redondos y altivos a pesar de sus dos partos, y ya en las vísperas de la tercera edad. Se estiró las mejillas hacia atrás con los cantos de las manos para verse como había sido de joven, y vio su propia máscara con los ojos chinos, la nariz aplastada, los labios intensos. Pasó por alto las primeras arrugas del cuello, que no tenían remedio, y se mostró los dientes perfectos y bien cepillados después*

del almuerzo en el transbordador. Se frotó con el pomo del desodorante las axilas recién afeitadas y se puso la camisa de algodón fresco con las iniciales AMB bordadas a mano en el bolsillo. Se desenredó con el cepillo el cabello indio, largo hasta los hombros, y se hizo la cola de caballo con la pañoleta de pájaros. Para terminar, se suavizó los labios con el lápiz labial de vaselina simple, se humedeció los índices en la lengua para alisarse las cejas lineales, se dio un toque de su perfume amargo detrás de cada oreja y se enfrentó por fin al espejo con su rostro de madre otoñal. La piel, sin un rastro de cosméticos, se defendía con su color original, y los ojos de topacio no tenían edad en los oscuros párpados portugueses. Se trituró a fondo, se juzgó sin piedad y se encontró casi tan bien como se sentía. Sólo cuando se puso el anillo y el reloj se dio cuenta de su retraso: faltaban seis para las cinco. Pero se concedió un minuto de nostalgia para contemplar las garzas que planeaban inmóviles en el vapor ardiente de la laguna. Los nubarrones negros del lado del mar le aconsejaron la prudencia de llevar la sombrilla.

Así concluye el tercer parágrafo de *En agosto nos vemos*, la historia de Ana Magdalena Bach, una mujer de 52 que cada 16 de agosto, durante 28 años, viaja a una isla miserable para visitar la tumba de su madre y, justo ese día, es infiel a su marido, Doménico Amarís, un hombre de 44, bien plantado y fino, dedicado a la música y director del Conservatorio Provincial, con quien ella creía que había sido feliz por 23 años. Después de varios agostos de infidelidades con múltiples amantes, entre ellos un obispo, otro que descubre es un criminal y otro más que la humilla dejándole entre un libro un billete de 20 dólares y a quien ella, infructuosamente, se obsesiona por volver a ver, Ana Magdalena acaba exhumando los restos de su madre para llevándoselos consigo no tener que volver a ese lugar.

Bibliografía

Dasso Saldívar: **García Marquez, el viaje a la semilla**, Madrid, 1997.

Emmanuel Carballo y otros: **Nueve asedios a García Márquez**, Santiago, 1969.

Gene Bell Villada: **García Márquez: The man and His Work**, Chapell Hill, 1990.

Gerald Martin: **Gabriel García Márquez, una vida**, Bogotá, 2009.

Helena Araujo: *Las macondanas*, en **Eco**, Nº 125, Bogotá, 1970.

José Miguel Oviedo y otros: **Aproximaciones a Gabriel García Márquez**, Montevideo, 1969.

Luis Harss y otros: **Recopilación de textos sobre Gabriel García Márquez,** La Habana, 1969.

Mario Vargas Llosa: **García Márquez: historia de un deicidio**, Barcelona, 1971.

Peter Earle y otros: **Gabriel García Márquez**, Madrid, 1981.

Ricardo Gullón: **García Márquez o el olvidado arte de contar**, Madrid, 1970.

Virgilio López: **García Márquez, una vocación incontenible**, La Habana, 1982.

VV.VV: *Gabriel García Márquez* en **Índice**, Madrid, nº 237, Noviembre 1968.

Xavi Ayén: **Aquellos años del Boom**, Barcelona, 2014.

El coronel no tiene quien le escriba

El coronel... volvió a abrirse paso, sin mirar a nadie, aturdido por los aplausos y los gritos, y salió a la calle con el gallo bajo el brazo.

Todo el pueblo -la gente de abajo- salió a verlo pasar seguido por los niños de la escuela. Un negro gigantesco trepado en una mesa y con una culebra enrollada en el cuello vendía medicinas sin licencia en una esquina de la plaza. De regreso del puerto un grupo numeroso se había detenido a escuchar su pregón. Pero cuando pasó el coronel con el gallo la atención se desplazó hacia él. Nunca había sido tan largo el camino de su casa.

No se arrepintió. Desde hacía mucho tiempo el pueblo yacía en una especie de sopor, estragado por diez años de historia. Esa tarde -otro viernes sin carta- la gente había despertado. El coronel se acordó de otra época. Se vio a sí mismo con su mujer y su hijo asistiendo bajo el paraguas a un espectáculo que no fue interrumpido a pesar de la lluvia. Se acordó de los dirigentes de su partido, escrupulosamente peinados, abanicándose en el patio de su casa al compás de la música. Revivió casi la dolorosa resonancia del bombo en sus intestinos.

Cruzó por la calle paralela al río, y también allí encontró la tumultuosa muchedumbre de los remotos domingos electorales. Observaban el descargue del circo. Desde el interior de una tienda una mujer gritó algo relacionado con el gallo. Él siguió absorto hasta su casa, todavía oyendo voces dispersas, como si lo persiguieran los desperdicios de la ovación de la gallera.

En la puerta se dirigió a los niños.

-Todos para su casa -dijo-. Al que entre lo saco a correazos.

Puso la tranca y se dirigió directamente a la cocina. Su mujer salió asfixiándose del dormitorio.

-Se lo llevaron a la fuerza -gritó-. Les dije que el gallo no saldría de esta casa mientras yo estuviera viva.

El coronel amarró el gallo al soporte de la hornilla. Cambió el agua al tarro, perseguido por la voz frenética de la mujer.

-Dijeron que se lo llevarían por encima de nuestros cadáveres -dijo-. Dijeron que el gallo no era nuestro, sino de todo el pueblo.

Sólo cuando terminó con el gallo el coronel se enfrentó al rostro trastornado de su mujer. Descubrió sin asombro que no le producía remordimiento ni compasión.

-Hicieron bien -dijo calmadamente. Y luego, registrándose los bolsillos, agregó, con una especie de insondable dulzura-: El gallo no se vende.

Ella lo siguío hasta el dormitorio. Lo sintió completamente humano, pero inasible, como si lo estuviera viendo en la pantalla de un cine. El coronel extrajo del ropero un rollo de billetes, lo juntó al que tenía en lo bolsillos, contó el total y lo guardó en el ropero.

-Ahí hay veintinueve pesos para devolvérselos a mi compadre Sabas -dijo-. El resto se le paga cuando venga la pensión.

-Y si no viene... -preguntó la mujer.

-Vendrá.

-Pero si no viene...

-Pues entonces no se le paga.

Encontró los zapatos nuevos debajo de la cama. Volvió al armario por la caja de cartón, limpió la suela con un trapo y metió los zapatos en la caja, como los llevó su esposa el domingo en la noche. Ella no se movió.

-Los zapatos se devuelven -dijo el coronel-. Son trece pesos más para mi compadre.

-No los reciben -dijo ella.

Tienen que recibirlos -replicó el coronel-. Sólo me los he puesto dos veces.

-Los turcos no entienden de esas cosas -dijo la mujer.

-Tienen que entender.

-Y si no entienden...

-Pues entonces que no entiendan.

Se acostaron sin comer. El coronel esperó a que su mujer terminara el rosario para apagar la lámpara. Pero no pudo dormir. Oyó las campanas de la censura cinematográfica, y casi en seguida -tres horas después- el toque de queda. La pedregosa respiración de la mujer se hizo angustiosa con el aire helado de la madrugada. El coronel tenía aún los ojos abiertos cuando ella habló con una voz reposada, conciliatoria.

-Estás despierto.

-Sí.

-Trata de entrar en razón -dijo la mujer-. Habla mañana con mi compadre Sabas.

-No viene hasta el lunes.

-Mejor -dijo la mujer-. Así tendrás tres días para recapacitar.

-No hay nada que recapacitar -dijo el coronel.

El viscoso aire de octubre había sido sustituido por una frescura apacible. El coronel volvió a reconocer a diciembre en el horario de los alcaravanes. Cuando dieron las dos, todavía no había podido dormir. Pero sabía que su mujer también estaba despierta. Trató de cambiar de posición en la hamaca.

-Estás desvelado -dijo la mujer.

-Sí.

Ella pensó un momento.

-No estamos en condiciones de hacer esto -dijo-. Ponte a pensar cuántos son cuatrocientos pesos juntos.

... Y AHORA ESPERAR OTROS "CIEN AÑOS" ...
Osuna 82

-Ya falta poco para que venga la pensión -dijo el coronel.

-Estás diciendo lo mismo desde hace quince años.

-Por eso -dijo el coronel-. Ya no puede demorar mucho más.

Ella hizo un silencio. Pero cuando volvió a hablar, al coronel le pareció que el tiempo no había transcurrido.

-Tengo la impresión de que esa plata no llegará nunca -dijo la mujer.

-Llegará.

-Y si no llega...

Él no encontró la voz para responder. Al primer canto del gallo tropezó con la realidad, pero volvió a hundirse en un sueño denso, seguro, sin remordimientos. Cuando despertó, ya el sol estaba alto. Su mujer dormía. El coronel repitió metódicamente, con dos horas de retraso, sus movimientos matinales, y esperó a su esposa para desayunar.

Ella se levantó impenetrable. Se dieron los buenos días y se sentaron a desayunar en silencio. El coronel sorbió una taza de café negro acompañada con un pedazo de queso y un pan de dulce. Pasó toda la mañana en la sastrería. A la una volvió a la casa y encontró a su mujer remendando entre las begonias.

-Es hora del almuerzo -dijo.

-No hay almuerzo -dijo la mujer.

Él se encogió de hombros. Trató de tapar los portillos de la cerca del patio para evitar que los niños entraran a la cocina. Cuando regresó al corredor, la mesa estaba servida.

En el curso del almuerzo el coronel comprendió que su esposa se estaba forzando para no llorar. Esa certidumbre lo alarmó. Conocía el carácter de su mujer, naturalmente duro, y endurecido todavía más por cuarenta años de amargura. La muerte de su hijo no le arrancó una lágrima.

Fijó directamente en sus ojos una mirada de reprobación. Ella se mordió los labios, se secó los párpados con la manga y siguió almorzando.

-Eres un desconsiderado -dijo.

El coronel no habló.

-Eres caprichoso, terco y desconsiderado -repitió ella. Cruzó los cubiertos sobre el plato, pero en seguida rectificó supersticiosamente la posición-. Toda una vida comiendo tierra, para que ahora resulte que merezco menos consideración que un gallo.

-Es distinto -dijo el coronel.

-Es lo mismo -replicó la mujer-. Debías darte cuenta de que me estoy muriendo, que esto que tengo no es una enfermedad, sino una agonía.

El coronel no habló hasta cuando no terminó de almorzar.

-Si el doctor me garantiza que vendiendo el gallo se te quita el asma, lo vendo en seguida -dijo-. Pero si no, no.

Esa tarde llevó el gallo a la gallera. De regreso encontró a su esposa al borde de la crisis. Se paseaba a lo largo del corredor, el cabello suelto a la espalda, los brazos abiertos, buscando el aire por encima del silbido de sus pulmones. Allí estuvo hasta la prima noche. Luego se acostó sin dirigirse a su marido.

Masticó oraciones hasta un poco después del toque de queda. Entonces el coronel se dispuso a apagar la lámpara. Pero ella se opuso.

-No quiero morirme en tinieblas -dijo.

El coronel dejó la lámpara en el suelo. Empezaba a sentirse agotado. Tenía deseos de olvidarse de todo, de dormir de un tirón cuarenta y cuatro días y despertar el veinte de enero a las tres de la tarde, en la gallera y en el momento exacto de soltar el gallo. pero se sabía amenazado por la vigilia de la mujer.

-Es la misma historia de siempre -comeñzó ella un momento después-. Nosotros ponemos el hambre para que coman los otros. Es la misma historia desde hace

El coronel guardó silencio hasta cuando su esposa hizo una pausa para preguntarle si estaba despierto. Él respondió que sí. La mujer continuó en un tono liso, fluyente, implacable.

-Todo el mundo ganará con el gallo, menos nosotros. Somos los únicos que no tenemos ni un centavo para apostar.

-El dueño del gallo tiene derecho a un veinte por ciento.

-También tenías derecho a tu pensión de veterano después de exponer el pellejo en la guerra civil. Ahora todo el mundo tiene su vida asegurada, y tú estás muerto de hambre, completamente solo.

-No estoy solo -dijo el coronel.

Trató de explicar algo, pero lo venció el sueño. Ella siguió hablando sordamente hasta cuando se dio cuenta de que su esposo dormía. Entonces salió del mosquitero y se paseó por la sala en tinieblas. Allí siguió hablando. El coronel la llamó en la madrugada.

Ella apareció en la puerta, espectral, iluminada desde abajo por la lámpara casi extinguida. La apagó antes de entrar al mosquitero. Pero siguió hablando.

-Vamos a hacer una cosa -la interrumpió el coronel.

-Lo único que se puede hacer es vender el gallo -dijo la mujer.

-También se puede vender el reloj.

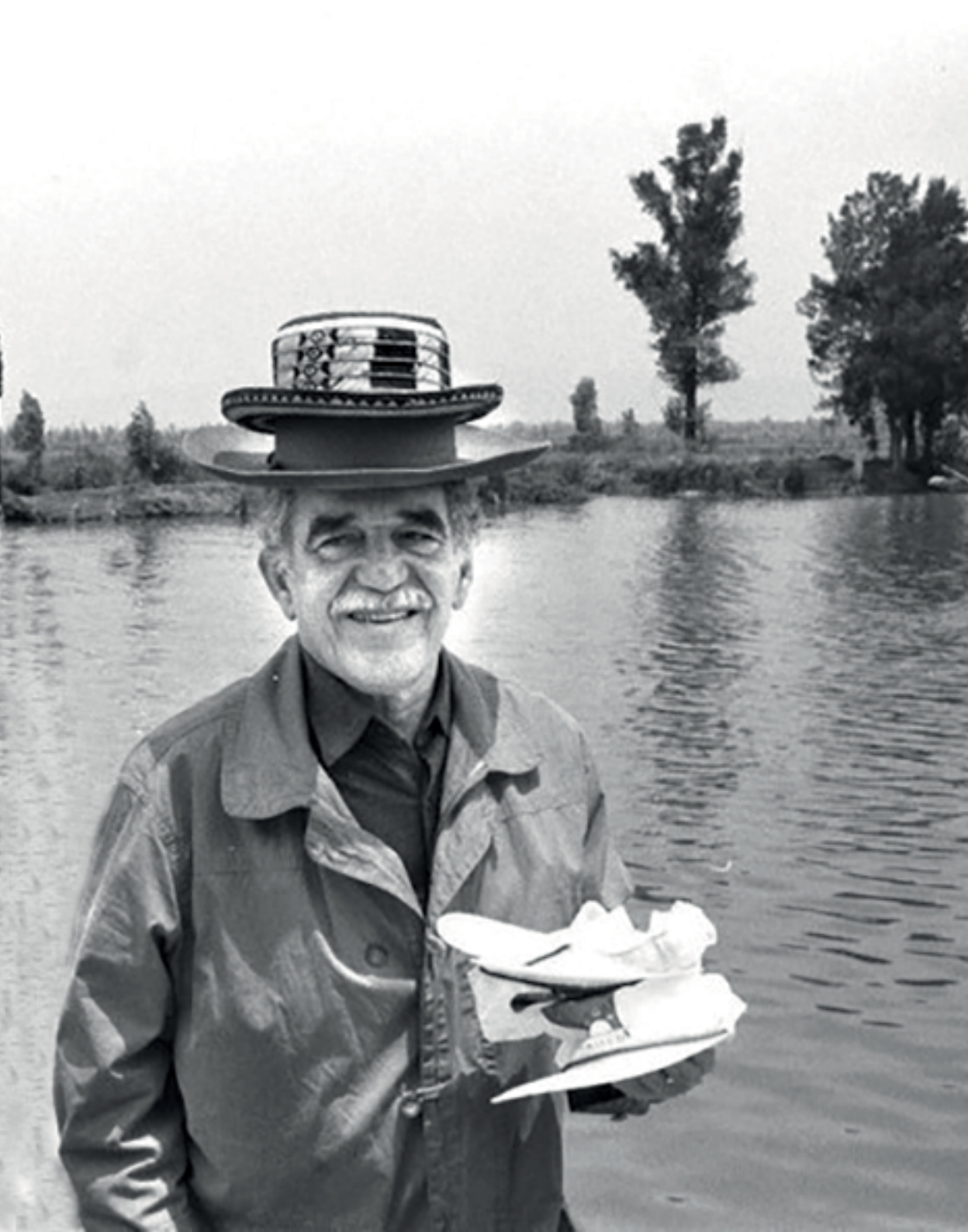
-No lo compran.

-Mañana trataré de que Álvaro me dé los cuarenta pesos.

-No te los da.

-Entonces se vende el cuadro.

Cuando la mujer volvió a hablar estaba otra vez fuera del mosquitero. El coronel percibió su respiración impregnada de hierbas medicinales.



-No lo compran -dijo.

-Ya veremos -dijo el coronel suavemente, sin un rastro de alteración en la voz-. Ahora duérmete. Si mañana no se puede vender nada, se pensará en otra cosa.

Trató de tener los ojos abiertos, pero lo quebrantó el sueño. Cayó hasta el fondo de una substancia sin tiempo y sin espacio, donde las palabras de su mujer tenían un significado diferente. Pero un instante después se sintió sacudido por el hombro.

-Contéstame.

El coronel no supo si había oído esa palabra antes o después del sueño. Estaba amaneciendo. La ventana se recortaba en la claridad verde del domingo. Pensó que tenía fiebre. Le ardían los ojos y tuvo que hacer un gran esfuerzo para recobrar la lucidez.

-Qué se puede hacer si no se puede vender nada -repitió la mujer.

-Entonces ya será veinte de enero -dijo el coronel, perfectamente consciente-. El veinte por ciento lo pagan esa misma tarde.

-Si el gallo gana -dijo la mujer-. Pero si pierde. No se te ha ocurrido que el gallo puede perder.

-Es un gallo que no puede perder.

-Pero suponte que pierda.

-Todavía faltan cuarenta y cinco días para empezar a pensar en eso -dijo el coronel.

La mujer se desesperó.

-Y mientras tanto qué comemos -preguntó, y agarró al coronel por el cuello de la franela. Lo sacudió con energía-. Dime, qué comemos.

El coronel necesitó setenta y cinco años -los setenta y cinco años de su vida, minuto a minuto- para llegar a ese instante. Se sintió puro, explícito, invencible, en el momento de responder:

-Mierda.

Cien años de soledad

La huelga grande estalló. Los cultivos se quedaron a medias, la fruta se pasó en las cepas y los trenes de ciento veinte vagones se pararon en los ramales. Los obreros ociosos en un sábado de muchos días, y en el salón de billaresdel Hotel de Jacob hubo que establecer turnos de 24 horas. Allí estaba José Arcadio Segundo, el día en que se anunció que el ejército había sido encargado de restablecer el orden público. Aunque no era hombre de presagios, la noticia fue para él como un anuncio de la muerte, que había esperado desde la mañana distante en que el coronel Gerineldo Márquez le permitió ver un fusilamiento. Sin embargo, el mal augurio no alteró la solemnidad. Hizo la jugada que tenía prevista y no erró la carambola. Poco después, las descargas de redoblante, los ladridos del clarín, los gritos y el tropel de la gente le indicaron que no sólo la partida de billar sino la callada y solitaria partida que jugaba consigo mismo desde la madrugada de la ejecución, habían por fin terminado. Entonces se asomó a la calle, y los vio. Eran tres regimientos cuya marcha pautada por tambor de galeotes hacía trepidar la tierra. Su resuello de dragón multicéfalo impregnó de un vapor pestilente la claridad del mediodía. Eran pequeños, macizos, brutos. Sudaban con sudor de caballo, y tenían un olor de carnaza macerada por el sol, y la impavidez taciturna e impenetrable de los hombres del páramo. Aunque tardaron más de una hora en pasar, hubiera podido pensarse que eran unas pocas escuadras girando en redondo, porque todos eran idénticos, hijos de la misma madre, y todos soportaban con igual estolidez el peso de los morrales y las contimploras, y la vergüenza de los fusiles con las bayonetas caladas, y el incorio de la obediencia ciega y el sentido del honor. Úrsula los

oyó pasar desde su lecho de tinieblas y levantó la mano con los dedos en cruz. Santa Sofía de la Piedad existió por instante, inclinada sobre el mantel bordado que acababa de planchar, y pensó en su hijo, José Arcadio Segundo, que vio pasar sin inmutarse los últimos soldados por la puerta del Hotel de Jacob.

La ley marcial facultaba al ejército para asumir funciones árbitro de la controversia, pero no se hizo ninguna tentativa de conciliación. Tan pronto como se exhibieron en Macondo, los soldados pusieron a un lado los fusiles, cortaron y embarcaron al banano y movilizaron los trenes. Los trabajadores, que hasta entonces se habían conformado con esperar, se echaron al monte sin más armas que sus machetes de labor, y empezaron a sabotear el sabotaje. Incendiaron fincas y comisariatos, destruyeron los rieles para impedir el tránsito de los trenes que empezaban a abrirse paso con fuego de ametralladoras, y cortaron los alambres del telégrafo y el teléfono. Las acequias se tiñeron de sangre. El señor Brown, que estaba vivo en el gallinero electrificado, fue sacado de Macondo con su familia y las de otros compatriotas suyos, y conducidos a territorio seguro bajo la protección del ejército. La situación amenazaba con evolucionar hacia una guerra civil desigual y sangrienta, cuando las autoridades hicieron un llamado a los trabajadores para que se concentraran en Macondo. El llamado anunciaba que el Jefe Civil y Militar de la provincia llegaría el viernes siguiente, dispuesto a interceder en el conflicto.

José Arcadio Segundo estaba entre la muchedumbre que se concentró en la estación desde la mañana del viernes. Había participado en una reuniónde los dirigentes sindicales y había sido comisionado junto con el coronel Gavilán para confundirse con la multitud y orientarla según las circunstancias. No se sentía bien, y amasaba una pasta salitrosa en el paladar, desde que advirtió que el ejército había emplazado nidos de ametralladoras alrededor de la

plazoleta, y que la ciudad almbrada de la compañia bananera estaba protegido con piezas de artillería. Hacia las doce, esperando un tren que no llegaba, más de tres mil personas, entre trabajadores, mujeres y niños, habían desbordado el espacio descuebierto frente a la estación y se apretujaban en las calles adyacentes que el ejército cerró con filas de ametralladoras. Aquello parecía entonces, más que una recepción, una feria jubilosa. Habían trasladado los puestos de fritangas y las tiendas de bebidas de Calle de los Turcos, y la gente soportaba con muy buen ánimo el fastidio de la espera y el sol abrasante. un poco antes de las tres corrió el rumor de que el tren oficial no llegaría hasta el día siguiente. La muchedumbre cansada exhaló un suspiro de desaliento. Un teniente del ejército se subió entonces en el techo de la estación , donde había cuatro nidos de ametralladoras enfiladas hacia la multitud, y se dio un toque de silencio. Al lado de José Arcadio Segundo estaba una mujer descalza, muy gorda, con dos niños de unos cuatro y siete años. Cargó al menor, y le pidió a José Arcadio Segundo, sin conocerlo, que levantara al otro para que oyera mejor lo que iban a decir. José Arcadio Segundo se acaballó al niño en la nuca. Muchos años después, ese niño había de seguir contando, sin que nadie se lo creyera, que había visto al teniente leyendo con una bocina de gramófono el Decreto Número 4 del Jefe Civil y Militar de la provincia.Estaba firmado por el general Carlos Cortes Vargas, y por su secretario, el mayor Enrique García Isaza, y en tres artículos de ochenta palabras declaraba a los huelguistas cuadrilla de malhechores y facultaba al ejército para matarlos a bala.

Leído el decreto, en medio de una ensordecedora rechifla de protesta, un capitán sustituyó al teniente en el techo de la estación, y con la bocina de gramófono hizo señas de que quería hablar. La muchedumbre volvió a guardar el silencio.

- Señoras y señores - dijo el capitán con una voz baja, lenta, un

poco cansada - , tienen cinco minutos para retirarse.

La rechifla y los gritos redoblados ahogaron el toque de clarín que anunció el principio del plazo. Nadie se movió.

- Han pasado cinco minutos - dijo el capitán en el mismo tono -. Un minuto más y se hará fuego.

José Arcadio Segundo, sudando hielo, se bajó al niño de los hombros y se lo entregó a la mujer. "Estos cabrones son capaces de disparar", murmuró ella. José Arcadio Segundo no tuvo tiempo de hablar, porque al instante reconoció la voz ronca del coronel Gavilán haciéndoles eco con un grito a las palabras de la mujer. Embriagado por la tensión, por la maravillosa profundidad del silencio y, además, convencido de que nada haría mover a aquella muchedumbre pasmada por la fascinación de la muerte, José Arcadio Segundo se empinó por encima de las cabezas que tenía enfrente, y por primera vez en su vida levantó la voz.

- ¡Cabrones! - gritó -. Les regalamos el minuto que falta.

Al final de su grito ocurrió algo que no le produjo espanto, sino una especie de alucinación. El capitán dio la orden de fuego y catorce nidos de ametralladoras le respondieron en el acto. Pero todo parecía una farsa. Era como si las ametralladoras hubieran estado cargadas con engañifas de pirotecnia, porque se escuchaba su anhelante tableteo, y se veían sus escupitajos incandescentes, pero no se percibía la más leve reacción, ni una voz, ni siquiera un suspiro, entre la muchedumbre compacta que parecía petrificada por una invulnerabilidad instantánea. De pronto , a un lado de la estación, un grito de muerte desgarró el encantamiento: "Aaaay, mi madre." Una fuerza sísmica, un aliento volcánico, un rugido de cataclismo, estallaron en el centro de la muchedumbre con una descomunal potencia expansiva. José Arcadio Segundo apenas tuvo tiempo de levantar al niño, mientras la madrea con el otro era absorbida por la muchedumbre centrifugada por el pánico.

Muchos años después, el niño había de contar todavía, a pesar deque los vecinos seguían creyéndole un viejo chiflado, que José Arcadio Segundo lo levantó por encima de su cabeza, y se dejó arrastrar, casi en el aire, como flotando en el terror de la muchedumbre, hacia una calle adyacente. La posición privilegiada del niño le permitió ver que en ese momento la masa desbocada empezaba a llegar a la esquina y la fila de ametralladoras abrió fuego. Varias voces gritaron al mismo tiempo:

- ¡ Tírense al suelo! ¡ Tírense al suelo!

Ya los de las primeras líneas lo habían hecho, barridos por las ráfagas de metralla. Los sobrevivientes, en vez de tirarse al suelo, trataron de volver a la plazoleta, y el pánico dio entonces un coletazo de dragón, y los mandó en una oleada compacta contra la otra oleada que se movía en sentido contrario, despedida por el otro coletazo de dragón de la calle opuesta, donde también las ametralladoras disparaban sin tregua. Estaban acorralados, girando en un torbellino gigantesco que poco a poco se reducía a su epicentro porque sus bordes iban siendo sistemáticamente recortados en redondo, como pelando una cebolla, por las tijeras insaciables y metódicas de la metralla. El niño vio a una mujer arrodillada, con los brazos en cruz, en un espacio limpio, misteriosamente vedado a la estampida. Allí lo puso José Arcadio Segundo, en el instante de derrumbarse con la cara bañada en sangre, antes de que el tropel colosal arrasara con el espacio vacío, con la mujer arrodillada, con la luz del alto cielo de sequía, y con el puto mundo donde Úrsula Iguarán había vendido tantos animalitos de caramelo.

Cuando José Arcadio Segundo despertó estaba bocarriba en las tinieblas. Se dio cuenta de que iba en un tren interminable y silencioso, y de que tenía el cabello apelmazado por la sangre seca y le dolían todos los huesos. Sintió un sueño insoportable. Dispuesto a dormir muchas horas, a salvo del terror y el horror,

TODO LO
QUE NO VES
A TRAVES DE
UNA CAMARA
NO EXISTE
SORIN

se acomodó del lado que menos le dolía, y solo entonces descubrió que estaba acostado sobre los muertos. No había un espacio libre en el vagón, salvo el corredor central. Debían de haber pasado varias horas después de la masacre, porque los cadáveres tenían la misma temperatura del yeso en otoño, y su misma consistencia de espuma petrificada, y quinies los habían puesto en el vagón tuvieron tiempo de arrumarlos en el orden y el sentido en que se transportaban los racimos de banano. Tratando de fugarse de la pesadilla, José Arcadio Segundo se arrastró de un vagón a otro, en la dirección en que avanzaba el tren, y en los relámpagos que estallaban por entre los listones de madera al pasar por los pueblos dormidos veía los muertos hombres, los muertos mujeres, los muertos niños, que iban a ser arrojados al mar como el banano de rechazo. Solamente reconoció a una mujer que vendía refrescos en la plaza y al coronel Gavilán, que todavía llevaba enrollado en la mano el cinturón con l hebilla de plata moreliana con que trató de abrirse camino a través del pánico. Cuando llegó al primer vagón dio un salto en la oscuridad, y se quedó tendido en la zanja hasta que el tren acabó de pasar. Era el mas largo que había visto nunca, con casi doscientos vagones de carga, y una locomotora en cada extremo y una tercera en el centro. No llevaba ninguna luz, ni siquiera las rojas y verdes lámparas de posición, y se deslizaba a una velocidad nocturna y sigilosa. Encima de los vagones se veían los bultos oscuros de los soldados con las ametralladoras emplazadas.

Después de medianoche se precipitó un aguacero torrencial. José Arcadio Segundo ignoraba dónde había saltado, pero sabía que caminando en sentido contrario al del tren llegaría a Macondo. Al cabo de más de tres horas de marcha, empapado hasta los huesos, con un dolor de cabeza terrible, divisó las primeras casas a la luz del amanecer. Atraído por el olor del café, entró en una cocina donde una mujer con un niño en brazos estaba inclinada sobre el fogón.

- Buenos - dijo exhausto -. Soy José Arcadio Segundo Buendía.

Pronunció el nombre completo, letra por letra, para convencerse de que estaba vivo. Hizo bien, porque la mujer había pensado que era una aparición al ver en la puerta la figura escuálida, sombría, con la cabeza y la ropa sucias de sangre, y tocada por la solemnidad de la muerte. Lo conocía. Llevó una manta para que se arropara mientras se secaba la ropa en el fogón, le calentó agua para que se lavara la herida que era sólo un desgarramiento de la piel, y le dio un pañ limpio para que se vendara la cabeza. Luego le sirvió un pocillo de café, sin azúcar, como le habían dicho que lo tomaban los Buendía, y abrió la ropa cerca del fuego.

José Arcadio Segundo no habló mientras no terminó de tomar el café.

- Debían ser como tres mil - murmuró.

- Que?

- Los muertos - aclaró él-. Debían ser todos los que estaban en la estación.

La mujer lo midió con una mirada de lástima. "Aquí no ha habido muertos - dijo -. Desde los tiempos de tu tío, el coronel no ha pasado nada en Macondo." En tres cocinas donde se detuvo José Arcadio Segundo antes de llegar a la casa le dijeron lo mismo: "No hubo muertos." Pasó por la plazoleta de la estación, y vio las mesas de fritangas amontonadas una encima de otra, y tampoco allí encontró rastro alguno de la masacre. Las calles estaban desiertas bajo la lluvia tenaz y las casas cerradas, sin vestigios de vida interior. La única noticia humana era el primer toque para misa.

El general en su laberinto

Se iba sin escolta, sin los dos perros fieles que a veces lo acompañaron hasta en los campos de batalla, sin ninguno de sus caballos épicos que ya habían sido vendidos al batallón de los húsares para aumentar los dineros del viaje. Se iba hasta el río cercano por sobre la colcha de hojas podridas de las alamedas interminables, protegido de los vientos helados de la sabana con el poncho de vicuña, las botas forradas por dentro de lana viva, y el gorro de seda verde que antes usaba sólo para dormir. Se sentaba largo rato a cavilar frente al puentecito de tablas sueltas, bajo la sombra de los sauces desconsolados, absorto en los rumbos del agua que alguna vez comparó con el destino de los hombres, en un símil retórico muy propio de su maestro de la juventud, don Simón Rodríguez. Uno de sus escoltas lo seguía sin dejarse ver, hasta que regresaba ensopado de rocío, y con un hilo de aliento que apenas si le alcanzaba para la escalinata del portal, macilento y atolondrado, pero con unos ojos de loco feliz. Se sentía tan bien en aquellos paseos de evasión, que los guardianes escondidos lo oían entre los árboles cantando canciones de soldados como en los años de sus glorias legendarias y sus derrotas homéricas. Quienes lo conocían mejor se preguntaban por la razón de su buen ánimo, si hasta la propia Manuela dudaba de que fuera confirmado una vez más para la presidencia de la república por un congreso constituyente que él mismo había calificado de admirable. El día de la elección, durante el paseo matinal, vio un lebrel sin dueño retozando entre los setos con las codornices. Le lanzó un silbido de rufián, y el animal se detuvo en seco, lo buscó con las orejas erguidas, y lo descubrió con la ruana casi a rastras y el gorro de pontífice florentino abandonado de la mano de Dios entre las nubes raudas y la llanura inmensa. Lo husmeó a fondo, mientras

él le acariciaba la pelambre con la yema de los dedos pero luego se apartó de golpe, lo miró a los ojos con sus ojos de oro, emitió un gruñido de recelo y huyó espantado. Persiguiéndolo por un sendero desconocido, el general se encontró sin rumbo en un suburbio de callecitas embarradas y casas de adobe con tejados rojos, en cuyos patios se alzaba el vapor del ordeño. De pronto, oyó el grito:

"¡Longanizo!"

No tuvo tiempo de esquivar una bosta de vaca que le arrojaron desde algún establo y se le reventó en mitad del pecho y alcanzó a salpicarle la cara. Pero fue el grito, más que la explosión de boñiga, lo que lo despertó del estupor en que se encontraba desde que abandonó la casa de los presidentes. Conocía el apodo que le habían puesto los granadinos, que era el mismo de un loco de la calle famoso por sus uniformes de utilería. Hasta un senador de los que se decían liberales lo había llamado así en el congreso, en ausencia suya, y sólo dos se habían levantado para protestar. Pero nunca lo había sentido en carne viva. Empezó a limpiarse la cara ,con el borde de la ruana, y no había terminado cuando el custodio que lo seguía sin ser visto surgió de entre los árboles con la espada desnuda para castigar la afrenta. Él lo abrasó con un destello de cólera.

¿Y usted qué carajos hace aquí?", le preguntó.

El oficial se cuadró.

"Cumplo órdenes, Excelencia".

"Yo no soy excelencia suya", replicó él.

Lo despojó de sus cargos y sus títulos con tanta saña, que el oficial se consideró bien servido de que ya no tuviera poder para una represalia más feroz. Hasta a José Palacios, que tanto lo entendía, le costó trabajo entender su rigor.

Fue un mal día. Pasó la mañana dando vueltas en la casa con la misma ansiedad con que esperaba a Manuela, pero a nadie se le ocultó que esta vez no agonizaba por ella sino por las noticias del

congreso. Trataba de calcular minuto a minuto los pormenores de la sesión. Cuando José Palacios le contestó que eran las diez, dijo: "Por mucho que quieran rebuznar los demagogos ya deben haber empezado la votación". Después, al final de una larga reflexión, se preguntó en voz alta: "¿Quién puede saber lo que piensa un hombre como Urdaneta?" José Palacios sabía que el general lo sabía, porque Urdaneta no había cesado de pregonar por todas partes los motivos y el tamaño de su resentimiento. En un momento en que José Palacios volvió a pasar, el general le preguntó al descuido: "¿Por quién crees que votará Sucre?" José Palacios sabía tan bien como él que el mariscal Sucre no podía votar, porque había viajado por esos días a Venezuela junto con el obispo de Santa Marta, monseñor José María Estévez, en una misión del congreso para negociar los términos de la separación. Así que no se detuvo para contestar: "Usted lo sabe mejor que nadie, señor". El general sonrió por primera vez desde que regresó del paseo abominable.

A pesar de su apetito errático, casi siempre se sentaba a la mesa antes de las once para comer un huevo tibio con una copa de oporto, o para picotear la pezuña del queso, pero aquel día se quedó vigilando el camino desde la terraza mientras los otros almorzaban, y estuvo tan absorto que ni José Palacios se atrevió a importunarlo, Pasadas las tres se incorporó de un salto, al percibir el trote de las mulas antes de que apareciera por las lomas el carruaje de Manuela. Corrió a recibirla, abrió la puerta para ayudarla a bajar, y desde el momento en que le vio la cara conoció la noticia. Don Joaquín Mosquera, primogénito de una casa ilustre de Popayán, había sido electo presidente de la república por decisión unánime.

Su reacción no fue de rabia ni de desengaño, sino de asombro, pues él mismo había sugerido al congreso el nombre de don Joaquín Mosquera, seguro de que no aceptaría. Se sumergió en una cavilación profunda, y no volvió a hablar hasta la merienda. "¿Ni un solo voto

por mí?", preguntó. Ni uno solo. Sin embargo, la delegación oficial que lo visitó más tarde, compuesta por diputados adictos, le explicó que sus partidarios se habían puesto de acuerdo para que la votación fuera unánime, de modo que él no apareciera como perdedor en una contienda reñida. Él estaba tan contrariado que no pareció apreciar la sutileza de aquella maniobra galante. Pensaba, en cambio, que habría sido más digno de su gloria que le aceptaran la renuncia desde que la presentó por primera vez.

"En resumidas cuentas", suspiró, "los demagogos han vuelto a ganar, y por partida doble".

Sin embargo, se cuidó muy bien de que no se le notara el estado de conmoción en que se encontraba, hasta que los despidió en el pórtico. Pero los coches no se habían perdido de vista cuando cayó fulminado por una crisis de tos que mantuvo la quinta en estado de alarma hasta el anochecer. Uno de los miembros de la comitiva oficial había dicho que el congreso fue tan prudente en su decisión, que había salvado a la república. Él lo había pasado por alto. Pero esa noche, mientras Manuela lo obligaba a tomarse una taza de caldo, le dijo: "Ningún congreso salvó jamás una república". Antes de acostarse reunió a sus ayudantes y a la gente de servicio, y les anunció con la solemnidad habitual de sus renuncias sospechosas:

"Mañana mismo me voy del país".

No fue mañana mismo, pero fue cuatro días después. Mientras tanto recobró la templanza perdida, dictó una proclama de adiós en la que no dejaba traslucir las lacras del corazón, y volvió a la ciudad para preparar el viaje. El general Pedro Alcántara Herrán, ministro de guerra y marina del nuevo gobierno, se lo llevó para su casa de la calle de La Enseñanza, no tanto por darle hospital, como para protegerlo de las amenazas de muerte que cada vez se hacían más temibles.

Antes de irse de Santa Fe remató lo poco de valor que le

VIERNES 18 DE ABRIL DE 2014

LA PRENSA

ORGANIZACION EDITORIAL MEXICANA AÑO LXXXVI NUM. 31,288 http://www.la-prensa.com.mx MARIO VAZQUEZ RAÑA, PRESIDENTE Y DIRECTOR GENERAL MAURICIO ORTEGA CAMBEROS, DIRECTOR

EL PERIODICO QUE DICE LO QUE OTROS CALLAN

¡GRACIAS!

"Soñé que asistía a mi propio entierro, a pie, caminando entre un grupo de amigos vestidos de luto solemne, pero con un ánimo de fiesta. Todos parecíamos dichosos de estar juntos. Y yo más que nadie.

...Al final de la ceremonia, cuando empezaron a irse, yo intenté acompañarlos, pero uno de ellos me hizo ver con severidad terminante que para mí se había acabado la fiesta..."

Ha muerto Gabriel García Márquez, Premio Nóbel de Literatura y autor de "Cien Años de Soledad"

"Lo único malo de la muerte es que es para siempre", dijo; pero su realismo mágico iluminará eternamente

3

1927 - 2014

Nació en Aracataca, Colombia, y falleció en México, país al que adoptó como su segunda patria

quedaba para mejorar sus arcas. Además de los caballos vendió una vajilla de plata de los tiempos pródigos de Potosí, que la Casa de Moneda había tasado por el simple valor metálico sin tomar en cuenta el preciosismo de su artesanía ni sus méritos históricos: dos mil quinientos pesos. Hechas las cuentas finales, llevaba en efectivo diecisiete mil seis cientos pesos con sesenta centavos, una libranza de ocho mil pesos contra el tesoro público de Cartagena, una pensión vitalicia que le había acordado el congreso, y poco más de seiscientas onzas de oro repartidas en distintos baúles. Éste era el saldo de lástima de una fortuna personal que el día de su nacimiento se tenía entre las más prósperas de las Américas.

En el equipaje que José Palacios arregló sin prisa la mañana del viaje mientras él acababa de vestirse, sólo tenía dos mudas de ropa interior muy usadas, dos camisas de quitar y poner, la casaca de guerra con una doble fila de botones que se suponían forjados con el oro de Atahualpa, el gorro de seda para dormir y una caperuza colorada que el mariscal Sucre le había traído de Bolivia. Para calzarse no tenía más que las pantuflas caseras y las botas de charol que llevaría puestas. En los baúles personales de José Palacios, junto con el botiquín y otras pocas cosas de valor, llevaba el Contrato Social de Rousseau, y El Arte Militar del general italiano Raimundo Montecuccoli, dos joyas bibliográficas que pertenecieron a Napoleón Bonaparte y le habían sido regaladas por sir Robert Wilson, padre de su edecán. El resto era tan escaso, que todo cupo embutido en un morral de soldado. Cuando él lo vio, listo para salir a la sala donde lo aguardaba la comitiva oficial, dijo:

"Nunca hubiéramos creído, mi querido José, que tanta gloria cupiera dentro de un zapato".

En sus siete mulas de carga, sin embargo, iban otras cajas con medallas y cubiertos de oro y cosas múltiples de cierto valor, diez baúles de papeles privados, dos de libros leídos y por lo menos cinco

de ropa, y vanas cajas con toda clase de cosas buenas y malas que nadie había tenido la paciencia de contar. Con todo, aquello no era ni la sombra del equipaje con que regresó de Lima tres años antes, investido con el triple poder de presidente de Bolivia y Colombia y dictador del Perú: una recua con setenta y dos baúles y más de cuatrocientas cajas con cosas innumerables cuyo valor no se estableció. En esa ocasión había dejado en Quito más de seiscientos libros que nunca trató de recuperar.Eran casi las seis. La llovizna milenaria había hecho una pausa, pero el mundo seguía turbio y frío, y la casa tomada por la tropa empezaba a exhalar un tufo de cuartel. Los húsares y granaderos se levantaron en tropel cuando vieron acercarse desde el fondo del corredor al general taciturno entre sus edecanes, verde en el resplandor del alba, con la ruana terciada sobre el hombro y un sombrero de alas grandes que ensombrecían aún más las sombras de su cara. Se tapaba la boca con un pañuelo errabebido en agua de colonia, de acuerdo con una vieja superstición andina, para protegerse de los malos aires por la salida brusca a la intemperie. No llevaba ninguna insignia de su rango ni le quedaba el menor indicio de su inmensa autoridad de otros días, pero el halo mágico del poder lo hacía distinto en medio del ruidoso séquito de oficiales. Se dirigió a la sala de visitas, caminando despacio por el corredor tapizado de esteras que bordeaba el jardín interior, indiferente a los soldados de la guardia que se cuadraban a su paso. Antes de entrar en la sala se guardó el pañuelo en el puño de la manga, como ya sólo lo hacían los clérigos, y le dio a uno de los edecanes el sombrero que llevaba puesto.

Además de los que habían velado en la casa, otros civiles y militares seguían llegando desde el amanecer. Estaban tomando café en grupos dispersos, y los atuen dos sombríos y las voces amordazadas habían enrarecido el ambiente con una solemnidad lúgubre. La voz afilada de un diplomático sobresalió de pronto por

enci ma de los susurros:

"Esto parece un funeral".

No acababa de decirlo, cuando percibió a sus espaldas el hálito de agua de colonia que saturó el clima de la sala. Entonces se volvió con la taza de café humeante sostenida con el pulgar y el índice, y lo inquietó la idea de que el fantasma que acababa de entrar hubiera oído su impertinencia. Pero no: aunque la última visita del general a Europa había sido veinticuatro años antes, siendo muy joven, las añoranzas europeas eran más incisivas que sus rencores. Así que el diplomático fue el primero a quien se dirigió para saludarlo con la cortesía extremada que le merecían los ingleses.

"Espero que no haya mucha niebla este otoño en Hyde Park", le dijo.

El diplomático tuvo un instante de vacilación, pues en los últimos días había oído decir que el general se iba para tres lugares distintos, y ninguno era Londres. Pero se repuso de inmediato.

"Trataremos de que haya sol de día y de noche para Su Excelencia", dijo.

El nuevo presidente no estaba allí, pues el congreso lo había elegido en ausencia y le haría falta más de un mes para llegar desde Popayán. En su nombre y lugar estaba el general Domingo Caycedo, vicepresidente electo, del cual se había dicho que cualquier cargo de la república le quedaba estrecho, porque tenía el porte y la prestancia de un rey. El general lo saludó con una gran deferencia, y le dijo en un tono de burla:

"¿Usted sabe que no tengo permiso para salir del país?"

La frase fue recibida con una carcajada de todos, aunque todos sabían que no era una broma. El general Caycedo le prometió enviar a Honda en el correo siguiente un pasaporte en regla.

La comitiva oficial estaba formada por el arzobispo de la ciudad, hermano del presidente encargado, y otros hombres notables y

funcionarios de alto rango con sus esposas. Los civiles llevaban zamarros y los militares llevaban botas de montar, pues se disponían a acompañar varias leguas al proscrito ilustre. El general besó el anillo del arzobispo y las manos de las señoras, y estrechó sin efusión las de los caballeros, maestro absoluto del ceremonial untuoso, pero ajeno por completo a la índole de aquella ciudad equívoca, de la cual había dicho en más de una ocasión: "Éste no es mi teatro". Los saludó a todos en el orden en que los fue encontrando en el recorrido de la sala, y para cada uno tuvo una frase aprendida con toda deliberación en los manuales de urbanidad, pero no miró a nadie a los ojos. Su voz era metálica y con grietas de fiebre, y su acento caribe, que tantos años de viajes y cambios de guerras no habían logrado amansar, se sentía mucho más crudo frente a la dicción viciosa de los andinos.

Cuando terminó los saludos, recibió del presidente interino un pliego firmado por numerosos granadinos notables que le expresaban el reconocimiento del país por sus tantos años de servicios. Fingió leerlo ante el silencio de todos, como un tributo más al formalismo local, pues no hubiera podido ver sin lentes ni una caligrafía aun más grande. No obstante, cuando fingió haber terminado dirigió a la comitiva unas breves palabras de gratitud, tan pertinentes para la ocasión que nadie hubiera podido decir que no había leído el documento. Al final hizo con la vista un recorrido del salón, y preguntó sin ocultar una cierta ansiedad:

"¿No vino Urdaneta?"

El presidente interino le informó que el general Rafael Urdaneta se había ido detrás de las tropas rebeldes para apoyar la misión preventiva del general José Laurencio Silva. Alguien se dejó oír entonces por encima de las otras voces:

"Tampoco vino Sucre".

Él no podía pasar por alto la carga de intención que tenía aquella

noticia no solicitada. Sus ojos, apagados y esquivos hasta entonces, brillaron con un fulgor febril, y replicó sin saber a quién:

"Al Gran Mariscal de Ayacucho no se le informó la hora del viaje para no importunarlo".

Al parecer, ignoraba entonces que el mariscal Suere había regresado dos días antes de su fracasada misión en Venezuela, donde le habían prohibido la entrada a su propia tierra. Nadie, le había informado que el general se iba, tal vez porque a nadie podía ocurrírsele que no fuera el primero en saberlo. José Palacios lo supo en un mal momento, y luego lo había olvidado en los tumultos de las últimas horas. No descartó la mala idea por supuesto, de que el mariscal Sucre estuviera resentido por no haber sido avisado.

En el comedor contiguo, la mesa estaba servida para el esplendido desayuno criollo: tamales de hoja, morcillas de arroz, huevos revueltos en cazuelas, una rica variedad de panes de dulce sobre paños de encajes, y las marmitas de un chocolate ardiente y denso como un engrudo perfumado. Los dueños de casa habían retrasado el desayuno por si él aceptaba presidirlo, aunque sabían que en la mañana no tomaba nada más que la infusión de amapolas con goma arábiga. De todos modos, doña Amalia cumplió con invitarlo a ocupar la poltrona que le habían reservado en la cabecera, pero él declinó el honor y se dirigió a todos con una sonrisa formal.

"Mi camino es largo", dijo. "Buen provecho".

Se empinó para despedirse del presidente interino, y éste le correspondió con un abrazo enorme, que les permitió a todos comprobar qué pequeño era el cuerpo del general, y qué desamparado e inerme se veía a la hora de los adioses. Después volvió a estrechar las manos de todos y a besar las de las señoras. Doña Amalia trató de retenerlo hasta que escampara, aunque sabía tan bien como él que no iba a escampar en lo que faltaba del siglo. Además, se le notaba tanto el deseo de irse cuanto antes, que tratar de demorarlo

le pareció una impertinencia. El dueño de casa lo condujo hasta las caballerizas bajo la llovizna invisible del jardín. Había tratado de ayudarlo llevándolo del brazo con la punta de los dedos, como si fuera de vidrio, y lo sorprendió la tensión de la energía que circulaba debajo de la piel, como un torrente secreto sin ninguna relación con la indigencia del cuerpo. Delegados del gobierno, de la diplomacia y de las fuerzas militares, con el barro hasta los tobillos y las capas ensopadas por la lluvia, lo esperaban para acompañarlo en su primera jornada. Nadie sabía a ciencia cierta, sin embargo, quiénes lo acompañaban por amistad, quiénes para protegerlo, y quiénes para estar seguros de que en verdad se iba.

La mula que le estaba reservada era la mejor de una recua de cien que un comerciante español le había dado al gobierno a cambio de la destrucción de su sumario de cuatrero. El general tenía ya la bota en el estribo que le ofreció el palafrenero, cuando el ministro de guerra y marina lo llamó: "Excelencia". Él permaneció inmóvil, con el pie en el estribo, y agarrado de la silla con las dos manos.

"Quédese", le dijo el ministro, "y haga un último sacrificio por salvar la patria".

"No, Herrán", replicó él, "ya no tengo patria por la cual sacrificarme".

Era el fin. El general Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios se iba para siempre. Había arrebatado al dominio español un imperio cinco veces más vasto que las Europas, había dirigido veinte años de guerras para mantenerlo libre y unido, y lo había gobernado con pulso firme hasta la semana anterior, pero a la hora de irse no se llevaba ni siquiera el consuelo de que se lo creyeran. El único que tuvo bastante lucidez para saber que en realidad se iba, y para dónde se iba, fue el diplomático inglés que escribió en un informe oficial a su gobierno: "El tiempo que le queda le alcanzará a duras penas para llegar a la tumba".

En agosto nos vemos

Volvió a la isla el viernes 16 de agosto en el transbordador de las dos de la tarde. Llevaba una camisa de cuadros escoceses, pantalones de vaquero, zapatos sencillos de tacón bajo y sin medias, una sombrilla de raso y, como único equipaje, un maletín de playa. En la fila de taxis del muelle fue directa a un modelo antiguo carcomido por el salitre. El chófer la recibió con un saludo de antiguo conocido y la llevó dando tumbos a través del pueblo indigente, con casas de bahareque y techos de palma, y calles de arenas blancas frente a un mar ardiente. Tuvo que hacer cabriolas para sortear los cerdos impávidos y a los niños desnudos, que lo burlaban con pases de toreros. Al final del pueblo se enfiló por una avenida de palmeras reales, donde estaban las playas y los hoteles de turismo, entre el mar abierto y una laguna interior poblada de garzas azules. Por fin se detuvo en el hotel más viejo y desmerecido.

El conserje la esperaba con las llaves de la única habitación del segundo piso que daba a la laguna. Subió las escaleras con cuatro zancadas y entró en el cuarto pobre con un fuerte olor de insecticida y casi ocupado por completo con la enorme cama matrimonial. Sacó del maletín un neceser de cabritilla y un libro intenso que puso en la mesa de noche con una página marcada por el cortapapeles de marfil. Sacó una camisola de dormir de seda rosada y la puso debajo de la almohada. Sacó una pañoleta de seda con estampados de pájaros ecuatoriales, una camisa blanca de manga corta y unos zapatos de tenis muy usados, y los llevó al baño con el neceser.

Antes de arreglarse se quitó la camisa escocesa, el anillo de casada y el reloj de hombre que usaba en el brazo derecho, y se hizo abluciones rápidas en la cara para lavarse el polvo del viaje

y espantar el sueño de la siesta. Cuando acabó de secarse sopesó en el espejo sus senos redondos y altivos a pesar de sus dos partos, y ya en las vísperas de la tercera edad. Se estiró las mejillas hacia atrás con los cantos de las manos para verse como había sido de joven, y vio su propia máscara con los ojos chinos, la nariz aplastada, los labios intensos. Pasó por alto las primeras arrugas del cuello, que no tenían remedio, y se mostró los dientes perfectos y bien cepillados después del almuerzo en el transbordador. Se frotó con el pomo del desodorante las axilas recién afeitadas y se puso la camisa de algodón fresco con las iniciales **AMB** bordadas a mano en el bolsillo. Se desenredó con el cepillo el cabello indio, largo hasta los hombros, y se hizo la cola de caballo con la pañoleta de pájaros. Para terminar, se suavizó los labios con el lápiz labial de vaselina simple, se humedeció los índices en la lengua para alisarse las cejas lineales, se dio un toque de su perfume amargo detrás de cada oreja y se enfrentó por fin al espejo con su rostro de madre otoñal. La piel, sin un rastro de cosméticos, se defendía con su color original, y los ojos de topacio no tenían edad en los oscuros párpados portugueses. Se trituró a fondo, se juzgó sin piedad y se encontró casi tan bien como se sentía. Sólo cuando se puso el anillo y el reloj se dio cuenta de su retraso: faltaban seis para las cinco. Pero se concedió un minuto de nostalgia para contemplar las garzas que planeaban inmóviles en el vapor ardiente de la laguna. Los nubarrones negros del lado del mar le aconsejaron la prudencia de llevar la sombrilla.

El taxi la esperaba bajo los platanales del portal. Se alejó por la avenida de palmeras hasta un claro de los hoteles donde había un mercado popular al aire libre, y se detuvo en un puesto de flores. Una negra grande que hacía la siesta en una silla de playa despertó sobresaltada, reconoció a la mujer en el asiento posterior del automóvil y le dio, entre risas y chácharas, el ramo de gladiolos que había encargado para ella desde la mañana. Unas cuadras más

adelante el taxi torció por un sendero apenas transitable que subía por una cornisa de piedras afiladas. A través del aire enrarecido por el calor se veían los yates de placer alineados en la dársena del turismo, el trasbordador que se iba, el perfil remoto de la ciudad en la bruma del horizonte, el Caribe abierto.

En la cumbre de la colina estaba el cementerio triste de los pobres. Empujó sin esfuerzo el portón oxidado, y entró con el ramo de flores en el sendero de túmulos tragados por la maleza, con escombros de ataúdes y saldos de huesos calcinados por el sol. Las tumbas parecían iguales en el cementerio desamparado con una ceiba de grandes ramas en el centro. Las piedras afiladas hacían daño aun a través de las suelas de caucho recalentado, y el sol duro se filtraba por el raso de la sombrilla. Una iguana surgió de los matorrales, se detuvo en seco frente a ella, la miró un instante y escapó en estampida.

Había acabado de limpiar tres tumbas, y estaba exhausta y empapada de sudor cuando logró reconocer la lápida de mármol amarillento con el nombre de la madre y la fecha de su muerte, veintinueve años antes. Solía darle las noticias de la casa, la había informado con datos confidenciales para que la ayudara a decidir si se casaba, y a los pocos días creyó recibir su respuesta en un sueño que le pareció inequívoco y sabio. Algo semejante le había ocurrido cuando el hijo estuvo dos semanas entre la vida y la muerte por un accidente de tránsito, sólo que la respuesta no le llegó en sueños, sino por la conversación casual con una mujer que se le acercó en el mercado sin ningún motivo. No era supersticiosa, pero tenía la certeza racional de que la identificación perfecta con su madre continuaba después de su muerte. Así que le hizo las preguntas del año, puso las flores en la tumba, y se fue convencida de recibir las respuestas el día menos pensado.

Misión cumplida: había repetido aquel viaje por veintiocho años

consecutivos cada 16 de agosto a la misma hora, en el mismo cuarto del mismo hotel, con el mismo taxi y la misma florista bajo el sol de fuego del mismo cementerio indigente, para poner un ramo de gladiolos frescos en la tumba de su madre. A partir de ese momento no tenía nada que hacer hasta las nueve de la mañana del día siguiente, cuando salía el transbordador de regreso.

Se llamaba Ana Magdalena Bach, había cumplido cincuenta y dos años de nacida y veintitrés de un matrimonio bien avenido con un hombre que la amaba, y con el cual se casó sin terminar la carrera de letras, todavía virgen y sin noviazgos anteriores. Su padre fue un maestro de música que seguía siendo director del Conservatorio Provincial a los ochenta y dos años, y su madre había sido una célebre maestra de primaria montesoriana que, a pesar de sus méritos, no quiso ser nada más hasta su último aliento.

Ana Magdalena heredó de ella la esbeltez de los ojos amarillos, la virtud de las pocas palabras y la inteligencia para disimular el temple de su carácter. La voluntad de ser enterrada en la isla la había expresado tres días antes de morir. Ana Magdalena quiso acompañarla, desde el primer viaje, pero a nadie le pareció prudente, porque ella misma no creyó que pudiera sobrevivir a su congoja. Al primer aniversario, sin embargo, su padre la llevó a la isla para poner la lápida de mármol que estaban debiéndole a la tumba. La asustó la travesía en una canoa con motor fuera de borda que demoró casi cuatro horas sin un instante de buena mar. Admiró las playas de harina dorada al borde mismo de la selva virgen, el alboroto atronador de los pájaros y el vuelo fantasmal de las garzas en el remanso de la laguna interior. Pero la deprimió la miseria de la aldea, donde tuvieron que dormir a la intemperie en una hamaca colgada entre dos cocoteros, y la cantidad de pescadores negros con el brazo mutilado por la explosión prematura de los tacos de dinamita. Por encima de todo, sin embargo, entendió la voluntad

de su madre cuando vio el esplendor del mundo desde la cumbre del cementerio. Fue entonces cuando se impuso el deber de llevarle un ramo de flores todos los años mientras tuviera vida.

Agosto era el mes más caluroso del año y la estación de los aguaceros grandes, pero ella lo entendió como una obligación de su vida privada que debía cumplir sin falta y siempre sola. Fue la única condición que le impuso a su hombre antes de casarse, y él tuvo la inteligencia de admitir que era algo ajeno a su poder.

Así que Ana Magdalena había visto crecer año tras año los acantilados de cristal de los hoteles de turismo, había pasado de las canoas de indios a las lanchas de motor, y de éstas al transbordador, y creía tener motivos para sentirse como el nativo más antiguo de la aldea.

Aquella tarde, cuando volvió al hotel, se tendió en la cama sin más ropas que las bragas de encajes y reanudó la lectura del libro que había empezado durante el viaje. Era el Drácula original de Bram Stoker. Siempre fue una buena lectora. Había leído con rigor lo que más le gustaba, que eran las novelas cortas de cualquier género, como el Lazarillo de Tormes, El viejo y el mar, El extranjero. En los últimos años, al borde de los cincuenta, se había sumergido a fondo en las novelas sobrenaturales.

Drácula le había fascinado desde el principio, pero aquella tarde sucumbió al trueno continuo del ventilador colgado del cielo raso, y se quedó dormida con el libro en el pecho. Despertó dos horas después en las tinieblas, sudando a mares, de mal humor y sorda de hambre.

No era una excepción en su rutina de años. El bar del hotel estaba abierto hasta las diez de la noche, y varias veces había bajado a comer cualquier cosa antes de dormir. Notó que había más clientes que de costumbre a esa hora, y el mesero no le pareció el mismo de antes. Ordenó para no equivocarse un sándwich de jamón y queso

con pan tostado, y café con leche. Mientras se lo llevaban se dio cuenta de que estaba rodeada por los mismos clientes mayores de cuando el hotel era el único, o de escasos recursos, como ella. Una niña mulata cantaba boleros de moda, y el mismo Agustín Romero, ya viejo y ciego, la acompañaba bien y con amor en el mismo piano de media cola de la fiesta inaugural.

Terminó deprisa, abrumada por la humillación de comer sola, pero se sintió bien con la música, que era suave y tierna, y la niña sabía cantar. Cuando volvió en sí sólo quedaban tres parejas en mesas dispersas, y justo frente a ella, un hombre distinto que no había visto entrar. Vestía de lino blanco, como en los tiempos de su padre, con el cabello metálico y el bigote de mosquetero terminado en puntas. Tenía en la mesa una botella de aguardiente y una copa a la mitad, y parecía estar solo en el mundo.

El piano inició el Claro de luna de Debussy en un buen arreglo para bolero, y la niña mulata la cantó con amor. Conmovida, Ana Magdalena pidió una ginebra con hielo y soda, el único alcohol que se permitía de vez en cuando, y lo sobrellevaba bien. Había aprendido a disfrutarlo a solas con su esposo, un alegre bebedor social que la trataba con la cortesía y la complicidad de un amante secreto.

El mundo cambió desde el primer sorbo. Se sintió bien, pícara, alegre, capaz de todo, y embellecida por la mezcla sagrada de la música con el alcohol. Pensaba que el hombre de la mesa de enfrente no la había mirado, pero cuando ella lo miró por segunda vez después del primer sorbo de ginebra, lo sorprendió mirándola. Él se ruborizó. Ella, en cambio, le sostuvo la mirada mientras él miró el reloj de leontina, lo guardó impaciente, miró hacia la puerta, se sirvió otro vaso, ofuscado, porque ya era consciente de que ella lo miraba sin clemencia. Entonces la miró de frente. Ella le sonrió sin reservas, y él la saludó con una leve inclinación de cabeza. Entonces

ella se levantó, fue hasta su mesa y lo asaltó con una estocada de hombre.

– ¿Puedo invitarlo a un trago?

El hombre se resquebrajó.

–Sería un honor –dijo.

–Me bastaría con que fuera un placer –dijo ella.

No había terminado cuando ya estaba sentada a la mesa, y sirvió un trago en la copa de él, y otro para ella. Lo hizo con tanta habilidad, y tan buen estilo, que él no acertó a quitarle la botella para impedir que se sirviera ella misma. Salud, dijo ella. Él se puso a tono, y ambos se tomaron la copa de un golpe. Él se atragantó, tosió con sobresaltos de todo el cuerpo y quedó bañado en lágrimas. Sacó el pañuelo intachable con un vaho de agua de lavanda, y la miró a través del llanto. Ambos guardaron un largo silencio hasta que él se secó con el pañuelo y recobró la voz. Ella se atrevió a sentar plaza con una pregunta:

– ¿Está seguro que no vendrá nadie?

–No –dijo él sin ninguna lógica–. Era un asunto de negocios, pero ya no llegará.

Ella preguntó con una expresión de incredulidad calculada: ¿Negocios? Él le respondió como hombre para que no le creyera: Ya no estoy para nada más. Y ella, con una vulgaridad que no era suya, pero bien calculada, lo remató:

—Será en su casa.

Siguió pastoreándolo con su tacto fino. Jugó a adivinarle la edad, y se equivocó por un año de más: cuarenta y seis. Jugó a descubrir su país de origen por el acento, pero no acertó en tres tentativas. Probó a adivinar la profesión, pero él se apresuró a decirle que era ingeniero civil, y ella sospechó que era una artimaña para impedir que llegara a la verdad.

Hablaron sobre la audacia de convertir en bolero una pieza sagrada de Debussy, pero él no lo había advertido. Sin duda, se dio cuenta de que ella sabía de música y él no había pasado del Danubio azul. Ella le contó que estaba leyendo Drácula. Él sólo lo había leído de niño en una versión infantil, y seguía impresionado con la idea de que el conde desembarcara en Londres transformado en perro. En el segundo trago ella sintió que el aguardiente se había encontrado con la ginebra en alguna parte de su corazón, y tuvo que concentrarse para no perder la cabeza. La música se acabó a las once, y sólo esperaban que ellos se fueran para cerrar.

A esa hora ella lo conocía ya como si hubiera vivido con él desde siempre. Sabía que era aseado, impecable en el vestir, con unas manos mudas agravadas por el esmalte natural de las uñas. Se dio cuenta de que estaba cohibido por los grandes ojos amarillos que ella no apartó de los suyos, y que era un hombre bueno y cobarde. Se sintió con el dominio suficiente para dar el paso que no se le había ocurrido ni en sueños en toda su vida, y lo dio sin misterios:

— ¿Subimos?

Él dijo con una humildad ambigua:

—No vivo aquí.

Pero ella no esperó siquiera que terminara de decirlo. Se levantó, sacudió apenas la cabeza para dominar el alcohol, y sus ojos radiantes resplandecieron.

—Yo subo primero mientras usted paga, le dijo. Segundo piso, número 203, a la derecha de la escalera. No toque, empuje nada más.

Subió a la habitación arrastrada por un dulce desasosiego que no había vuelto a sentir desde su última noche de virgen. Encendió el ventilador del techo, pero no la luz; se desnudó en la oscuridad sin detenerse, y dejó el reguero de ropa en el suelo desde la puerta hasta el baño. Cuando encendió la lámpara del tocador tuvo que cerrar los ojos y aspirar hondo con un esfuerzo para regular la respiración y controlar el temblor de las manos. Se lavó a toda prisa: el sexo, las axilas, los dedos de los pies macerados por el caucho de los zapatos, pues, a pesar de los terribles sudores de la tarde, no había pensado bañarse hasta la hora de dormir. Sin tiempo de cepillarse los dientes, se puso en la lengua una pizca de pasta dentífrica, y volvió al cuarto, iluminado apenas por la luz oblicua del tocador.

No esperó a que su invitado empujara la puerta, sino que la abrió desde dentro cuando lo sintió llegar. Él se asustó: ¡Ay, mi madre! Pero ella no le dio tiempo de más en la oscuridad. Le quitó la chaqueta a zarpazos enérgicos, le quitó la corbata, la camisa, y fue tirando todo en el suelo por encima de su hombro. A medida que lo hacía, el aire se iba impregnando de un fuerte olor de agua de lavanda. Él trató de ayudarla al principio, pero ella se lo impidió con su audacia y su autoridad. Cuando lo tuvo desnudo hasta la cintura, lo sentó en la cama y se arrodilló para quitarle los zapatos y las medias. Él se soltó al mismo tiempo la hebilla del cinturón de

modo que a ella le bastó con jalar los pantalones para quitárselos, sin que ninguno de los dos se preocupara por el reguero de llaves y el puñado de billetes y monedas que cayeron en el suelo. Por último, lo ayudó a sacarse el calzoncillo a lo largo de las piernas, y se dio cuenta de que no era tan bien servido como su esposo, que era el único que ella conocía, pero estaba sereno y enarbolado.

No le dejó ninguna iniciativa. Se acaballó sobre él hasta el alma y lo devoró para ella y sin pensar en él, hasta que ambos quedaron exhaustos en un caldo de sudor. Permaneció encima, luchando a solas contra las primeras dudas de su conciencia bajo el chorro caliente y el ruido sofocante del ventilador, hasta que se dio cuenta de que él no respiraba bien, abierto en cruz bajo el peso de su cuerpo. Entonces descabalgó y se tendió bocarriba a su lado. Él permaneció inmóvil hasta que pudo preguntar con el primer aliento:

– ¿Por qué yo?

–Me pareció muy hombre –dijo ella.

–Viniendo de una mujer como usted –dijo él– es un honor.

–Ah –bromeó ella–. ¿No fue un placer?

Él no contestó y ambos yacieron pendientes de los ruidos de la noche. El cuarto era sedante en la penumbra de la laguna. Se oyó un aleteo cercano.

Él preguntó: ¿Qué es eso? Ella le habló de los hábitos de las garzas en la noche. Al cabo de una hora larga de susurros banales, ella empezó a explorar con los dedos, muy despacio, desde el pecho hasta el bajo vientre.

Lo exploró después con el tacto de sus pies a lo largo de las

piernas, y comprobó que todo él estaba cubierto por un vello rizado y tierno que le recordó la hierba en abril. Luego empezó a provocarlo con besos tiernos en las orejas y en el cuello, y se besaron por primera vez en los labios.

Entonces él se le reveló como un amante exquisito que la elevó sin prisa hasta el más alto grado de ebullición. Ella se sorprendió de que unas manos tan primarias fueran capaces de tanta ternura. Pero cuando él trató de inducirla al modo convencional del misionero, ella se resistió, temerosa de que se estropeara el prodigio de la primera vez. Sin embargo, él se le impuso con firmeza, la manejó a su gusto y manera, y la hizo feliz.

Habían dado las dos cuando la despertó un trueno que sacudió los estribos de la casa, y el viento forzó el pestillo de la ventana. Se apresuró a cerrarla, y en el mediodía instantáneo de otro relámpago vio la laguna encrespada, y a través de la lluvia vio la luna inmensa en el horizonte y las garzas azules aleteando sin aire en la borrasca.

De regreso a la cama se le enredaron los pies en la ropa de ambos. Dejó la suya en el suelo para recogerla después, y colgó la chaqueta de él en la silla, colgó encima la camisa y la corbata, dobló los pantalones con cuidado para no arrugarles la línea, y le puso encima las llaves, la navaja y el dinero que se le habían caído de los bolsillos. El aire del cuarto se refrescaba por la tormenta, así que se puso el camisón rosado de una seda tan pura que le erizó la piel. El hombre, dormido de costado y con las piernas encogidas, le pareció un huérfano enorme, y no pudo resistir una ráfaga de compasión. Se acostó a sus espaldas, lo abrazó por la cintura, y el vaho amoniacal de su cuerpo ensopado de sudor le llegó al alma. Él soltó un resuello áspero y empezó a roncar. Ella se adurmió apenas, y despertó en el vacío del ventilador eléctrico cuando se fue la luz y el cuarto quedó en la fosforescencia verde de la laguna. Él roncaba entonces con un silbido continuo. Ella empezó a teclear en sus espaldas con la

punta de los dedos por simple travesura. Él dejó de roncar con un sobresalto abrupto y su animal exhausto empezó a revivir. Ella lo abandonó por un instante y se quitó de un tirón la camisa de noche. Pero cuando volvió a él fueron inútiles sus artes, pues se dio cuenta de que se hacía el dormido para no arriesgarse por tercera vez. Así que se apartó hasta el otro lado de la cama, volvió a ponerse la camisa y se durmió a fondo de espaldas al mundo.

Su horario natural la despertó al amanecer. Yació un instante divagando con los ojos cerrados, sin atreverse a admitir el latido de dolor de sus sienes ni el mal sabor de cobre en la boca, por el desasosiego de que algo ignoto la esperaba en la vida real. Por el ruido del ventilador se dio cuenta de que había vuelto la luz y la alcoba era ya visible por el alba de la laguna.

De pronto, como el rayo de la muerte, la fulminó la conciencia brutal de que había fornicado y dormido por la primera vez en su vida con un hombre que no era el suyo. Se volvió a mirarlo asustada por encima del hombro, y no estaba. Tampoco estaba en el baño. Encendió las luces generales y vio que no estaba la ropa de él, y en cambio la suya, que había tirado por el suelo, estaba doblada y puesta casi con amor en la silla. Hasta entonces no se había dado cuenta de que no sabía nada de él, ni siquiera el nombre, y lo único que le quedaba de su noche loca era un tenue olor de lavanda en el aire purificado por la borrasca. Sólo cuando cogió el libro de la mesa de noche para guardarlo en el maletín se dio cuenta de que él le había dejado entre sus páginas de horror un billete de a veinte dólares.

Gabriel García Márquez nació en Aracataca el 6 de marzo de 1927. Fue criado por sus abuelos maternos y sus tías, a causa de la pobreza de sus padres. El abuelo fomentó la imaginación del niño narrándole historias de su juventud y las guerras civiles, mientras su cegatona abuela pasaba los días recitando fábulas y leyendas familiares, mientras organizaba la vida de los miembros de la casa de acuerdo con los mensajes que recibía en sueños. Aprendió a escribir a los cinco, pero cuando murió el abuelo tuvo que ir a vivir con sus padres y a Barranquilla. En 1940, gracias a una beca, ingresó en el internado del Liceo Nacional de Zipaquirá cuando recorrió dos veces al año en barco el río de La Magdalena, principal arteria fluvial del país. En 1947 se trasladó a Bogotá para estudiar derecho en la Universidad Nacional. El 13 de septiembre de 1947 publicó su primer cuento, *La tercera resignación*, en el suplemento Fin de Semana de El Espectador, dirigido por Eduardo Zalamea Borda. Zalamea escribió en la presentación que García Márquez era el nuevo genio de la literatura colombiana. El 9 de abril de 1948 se vio obligado a pedir traslado a Cartagena, donde inició sus actividades periodísticas. En Barranquilla se vinculó con Álvaro Cepeda Samudio, Alfonso Fuenmayor y Germán Vargas, que escribían para El Heraldo y leyó a Defoe, Dos Passos, Camus, Virginia Woolf y William Faulkner. En febrero de 1954 se integró en la redacción de El Espectador, y Mito publicaría un capítulo de *La hojarasca*, el *Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo* (1955) y *El coronel no tiene quien le escriba* (1958). Enviado a Paris por El Espectador a raíz de la censura del Rojas Pinilla recalaría luego en Venezuela, Bogotá y New York trabajando con el gobierno cubano en su agencia de prensa. En 1961 llegó a México donde escribió *Cien años de Soledad* y en 1982 recibió el Premio Nobel. Murió en 2014.

Gabriel García canta un bolero

A mí la muerte que me duele es la de Gabriel García, aquel viejo reportero de Aracataca que se dejó el bigote para parecerse al cantante Bienvenido Granda. Un hombre que le gustaba soñar y escribir novelas, agudo y generoso, que descubría la belleza cada vez que miraba por primera vez a una mujer, trataba de usted a las palabras y al que la vida le dio toda la gloria literaria del mundo -hasta un Premio Nobel-, pero lo dejó morir sin permitirle escribir la letra de un bolero.

Como su obra sacó a Gabriel García Márquez de las fronteras terrenales es bueno ahora y siempre recordarlo dentro de sus guayaberas, sus liquiliques y sus pasiones. Y la música era el centro de su universo. Estaba convencido de que *Cien años de soledad* era un vallenato de 450 páginas y que *El otoño del patriarca* se escribió con la estructura de un concierto de Bela Bartok, porque era lo que estaba escuchando antes de sentarse a escribirlo.

Confesó hace tiempo que se pasó un año con Armando Manzanero encerrado en estudios y bares para tratar de escribir un bolero. Después hizo otros talleres con Silvio Rodríguez en La Habana, pero no le salió.

Eso sí, los cantaba. Yo lo escuché entonar el bolero *Usted* en un cabaret de Santo Domingo, en el verano de 1979. Lo acompañó un conjunto local, un ventú, que lo seguía leal y desacompasado. El locutor lo había presentado como el cantante colombiano Gabriel García. Al final, lo aplaudieron hasta la locura el poeta Pedro Mir, el ensayista Manuel Maldonado Denis y otros intelectuales que estaban en su mesa. El público, que nunca identificó al bolerista con el escritor, lo despidió con una armoniosa mezcla de indiferencia y abucheos.

García Márquez comenzó su carrera como músico en el París de los 50. Cantaba a dúo con el pintor venezolano Jesús Soto un repertorio de rancheras y boleros. Ya había escrito *La hojarasca*. Y se sintió mejor en ese camino.

Como esta vez es verdad que se ha muerto, en mi caso particular, lo voy a recordar, además, con una gratitud que viene de las claridades que se añoran en las celdas de castigo. Porque sé bien que gracias a la intervención de su amigo Plinio Apuleyo Mendoza, García Márquez hizo gestiones en el entorno de su otro amigo, Fidel Castro, para que me sacara de la prisión cubana donde cumplía una condena de 20 años por escribir periodismo sin mandato.

Es casi imposible aceptar que un hombre brillante, culto y sensible haya sido leal a una amistad de esa categoría, pero, desde luego, nadie puede elegir los amigos de otras personas. Es un tema complejo que algunos han justificado con el carácter telúrico de las relaciones amistosas en América Latina y que el mismo García Márquez llevó más lejos: "Mi sentido de la amistad es tal que recuerda un poco al de los gansters".

Estoy seguro de que a pesar de esas fidelidades macondianas, el humor y la tolerancia le permitían al autor de *Vivir para contarla* ciertas fragilidades en la coraza de bambú que se inventó para almorzar con dictadores y gorilas con la ilusión de que esos comensales le enseñaban el hielo -la Revolución en América Latina- y le permitieran compartirlo con ellos antes de que se hiciera agua tibia y después vapor.

En la primavera de 2005, poco después de llegar a España con mi familia, vinieron de visita a Madrid Gabriel García Márquez y su esposa Mercedes. Nos invitaron a Blanca y a mí a cenar. Después de un larga sobremesa en la que estuvieron Eliseo Diego y Heberto Padilla, entre otros amigos, el escritor y yo nos pusimos de pie y avanzamos hacia la puerta. Allí, se volvió hacia las mujeres y dijo en voz alta: *"Que clase de foto se está perdiendo Granma"*.

Voy a poner unos boleros.

Raúl Rivero